

volvió
Valió la pena
Jhota



Valió la pena
© Jotha (seudónimo)

Fondo Editorial Museo Casa de la
Memoria
Distrito Especial de Ciencia, Tecnología
e Innovación de Medellín

Alcalde de Medellín:
Federico Gutiérrez Zuluaga

Dirección:
Luis Eduardo Vieco Maya

Coordinación editorial:
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Edición de textos:
Juan Fernando Jaramillo Montoya
Daniela Perrone Martínez

Ilustraciones:
Daniela Perrone Martínez
Jotha (portada)

Diseño y diagramación:
Daniel Cano Jaramillo

Profesional en planeación:
Carlos Ignacio Bernal Yong

Primera edición: septiembre, 2025
ISBN: 978-628-96735-5-5

© de la presente edición:
Museo Casa de la Memoria

Calle 51 # 36-66, parque Bicentenario
Medellín, Colombia
Teléfono: (604) 520 20 20
www.museocasadelamemoria.gov.co

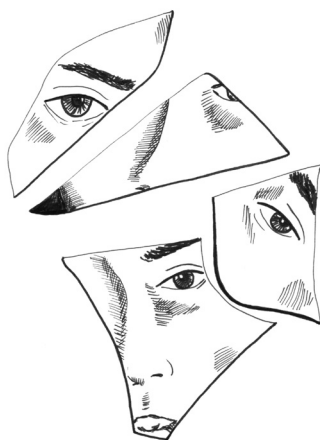
Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido sin autorización escrita del Museo Casa de la Memoria. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de las características de una publicación que puedan crear confusión. El Distrito de Medellín dispone de marcas registradas, algunas de estas citadas en la presente publicación, las cuales cuentan con la debida protección legal.

Toda publicación con sello Alcaldía de Medellín es de distribución gratuita.

Los relatos, testimonios, reflexiones y datos que conforman este libro pertenecen a la voz del autor. Cada aporte expresa su experiencia y mirada personal, y no debe entenderse necesariamente como una declaración oficial del Museo Casa de la Memoria. Esta obra busca dar lugar a la pluralidad de perspectivas que enriquecen la construcción de memoria.

volvió
Valió la pena

Jotha



**Una vida fragmentada por el horror, la demencia
y la barbarie vivida en medio de la absurda
violencia interna de Colombia.**

Duros hechos perpetrados por una célula urbana de las FARC en San Antonio de Prado, corregimiento anexo al Área Metropolitana del municipio de Medellín.

Hechos que sucedieron entre diciembre de 2007, pasando por 2008, donde se dio uno de los desplazamientos y posterior retorno a San Antonio de Prado; de ahí en adelante, se intensificó el sometimiento doméstico, la violencia sexual y todo tipo de agresiones físicas y psicológicas, al igual que la extorsión, actos que siguieron dándose en 2009 y que supuestamente terminaron en 2010 y que me persiguieron hasta marzo de 2011, en el barrio La Milagrosa en Medellín, Antioquia.

Prólogo

Narrar los hechos violentos que atravesaron de múltiples maneras, no solo el cuerpo, sino también la espiritualidad, la fe, etc.; cosas que desestabilizaron al ser humano, pero también a la persona, desbaratando su mundo y transformando de modo negativo todo lo cognitivo y la psiquis, lo que me llevó a perder la cordura en varias oportunidades y que aún hoy me obliga a tomar medicamentos psiquiátricos.

Se trata de contar la historia real de un pasado, aún presente en las memorias de los que la padecemos de una manera clara, franca y, lo más importante, real, memorias que se dieron en medio del conflicto armado interno colombiano, donde, a la fecha, se siguen vulnerando y atropellando las libertades individuales y colectivas frente a la mirada de un supuesto Estado Social de Derecho.

Esta historia se dio en medio del sometimiento y la locura que da el falso poder a quienes, en medio de la ilegalidad, manejan las armas de fuego. Quiero consignar, mediante escritos, los hechos vividos para dar a conocer mi historia, recordando que lo que no se nombra, no existe.

8

Quiero mostrar todo el proceso vivido, en medio de luchas que no solo marcaron la psiquis, sino también el cuerpo físico con una serie de cicatrices que tuve que hacer más para seguir en la lucha constante, para seguir viviendo y recuperar un poco (al menos) de lo bueno que fui en el pasado.

Fue en ese momento en que apareció Jotha. Fue deshacerme de mi antiguo nombre y empezar a construirme uno nuevo al margen de aquel con el que me reconoce el Estado, un Estado al que le entregué todo cuando me llevó al monte a empuñar un fusil, a defenderlo, y que por muchos años me dejó solo.

Este libro es la construcción de ese nuevo nombre, del que asumí cada letra, la esencia y el significado de cada una; un nuevo nombre que, en su momento, me obligó a reinventarme para olvidar a ese que vivió todo aquello, al cual castraron de muchas formas en el pasado, pero que me permitió entender el comienzo del hombre que soy hoy.

También es mostrar cómo, con la ayuda de las personas indicadas, se puede salir de la oscuridad en la que nos deja la violencia y aprender, a punta de coraje y resiliencia constante, cómo se encuentran los mecanismos y herramientas para no quedarnos en el pesar o la lastima (como somos miradas las supuestas víctimas del absurdo conflicto armado colombiano por algunos) y empezar a vernos como lo que realmente somos: seres humanos, personas que, por cualquier razón, fuimos objeto de la demencia de personas que, en algún momento y por alguna circunstancia, equivocaron el verdadero camino, que es el respeto por el otro y el derecho a su autonomía para vivir en paz.

Que, como dice una amiga, hoy solo somos de forma palpable sobrevivientes victoriosos.

El último lamento

Apareció de la nada la violencia, sumiendo mi vida en la castración de los sueños y la esperanza fallida que, al igual que mi quebrantada humanidad, cayeron en el más absoluto caos. La mía, al igual que las de muchas otras personas sobrevivientes de esta absurda violencia que nos mantuvo presos e inmersos en todo tipo de vulneraciones.

Yo también fui ultrajado y también tuve que aprender cómo recoger del suelo los pedazos y hacer mía la reparadora resiliencia. Yo también recurrí a la fantasía, buscando, entre utópicas historias, desprenderme de la inminente tristeza para no perecer en medio de las violentas realidades.

Fui por mucho tiempo parte de la oscuridad y las sombras, mismas que aún hoy, y en medio de mis nuevas realidades, me persiguen pretenciosas, y de la nada van y vienen, mostrándome cada una de mis limitaciones.

A mí también me volvieron mierda, idéntica a aquella que literalmente me obligaron a tragar, interiorizando, fruto del miedo y los continuos abusos y vulneraciones, que me había convertido en el depósito de sus miserias, desechos y fluidos corporales.

Sí, soy hombre más allá de mi propia identidad íntima, de mis preferencias sexuales y de una personalidad natural y muy mía, recuperada por el inmenso amor del Creador. Un hombre que hoy se siente hombre y orgulloso de lo que es, que nunca ha pretendido ni querido dejar de serlo. Mucho menos hoy, que encontré las razones coherentes a la hora de entender por qué me siento y soy como me siento y soy. Con todo y todo, mi cuerpo de hombre también fue mancillado por supuestos hombres. Pseudopersonas que se escudaron en las paradojas de la guerra, que llevan consigo la violencia, el horror, el sometimiento, entre muchas otras cosas.

Yo también me vi inmerso en la demencia, en la locura y en el falso poder que se adquiere en ese coctel macabro de armas, alcohol y falta de educación. Mezcla irresponsable que fue el hilo conductor que desencadenó toda esa historia de violencia en la que no solo abusaron de mi cuerpo, sino que fragmentó mi alma, doblegó mi orgullo, mató cada uno de mis egos y castró permanentemente una sexualidad de la cual no quedan ni los recuerdos.

A mí también me hicieron creer merecedor de los castigos, me hicieron sentir pecador por ser quien era y soy. Tanto que aún suelo creer que sí lo soy. Pecador, quiero decir.

Yo también me siento roto por dentro; yo también me despierto sudoroso y asustado en las noches, y muchas veces, en las mañanas, tampoco me quiero poner en pie.

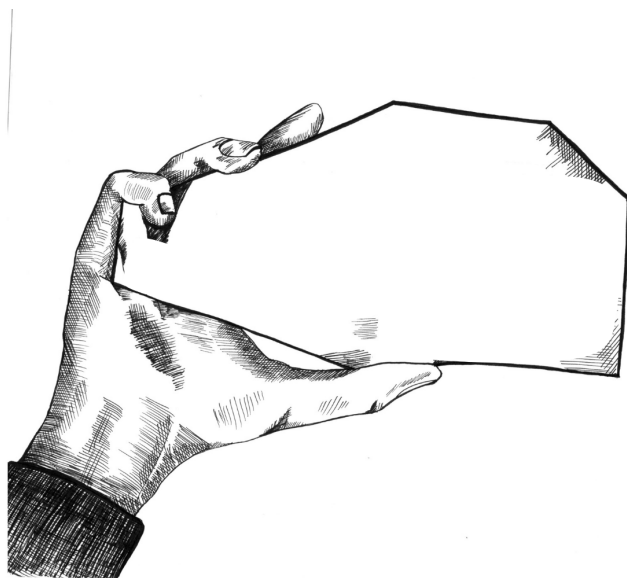
Yo, hombre, muchas veces lloro, aunque ya esto no me hace sentir menos macho; yo igual sigo viviendo con cada uno de mis pedazos, pero asumiéndome con todos ellos como parte mía, al igual que con mis tatuajes y cicatrices.

Conocí incontables violencias y de todo tipo: me hicieron vivir el dolor de un objeto contundente que destrozó mis entrañas, mismas que hasta ese momento no habían sido albergue de nada ni nadie.

Yo también, de manera fallida, quise muchas veces ponerle punto final al absurdo dolor y las consecuencias desastrosas que dejaron lo vivido. Yo, al igual que muchos, sigo estando aquí, por qué o para qué no lo sé con exactitud, pero sigo estando aquí de pie, aunque muchas veces me tiemblen las piernas al recordar el pasado.

A mí también todavía me duelen uno a uno los recuerdos de toda esa barbarie vivida, pero también siento que, con el pasar de los días, he podido restarle peso a mi enorme costal existencial.

A mí también me hizo mierda la vida, me destruyeron la paz, la tranquilidad y la existencia; también me mataron los sueños y me condenaron por largos años a sentirme muerto en vida.

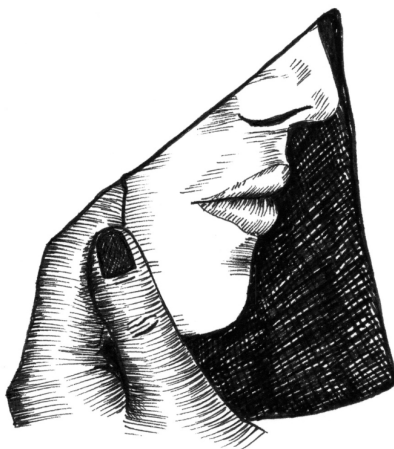


El absurdo comienzo

Esta es la historia resumida de un ser que llegó al mundo en medio del abandono, fruto de la mentira y el engaño por parte de un padre que nunca quiso hacerse responsable de la protección y el amparo de sus primeros años. Los míos.

Así fueron pasando las horas, días, meses y años... y el niño creció en medio de carencias y rechazo por parte de los suyos, pero también con la protección y el amor de una madre que lo dio todo por cada uno de sus hijos. Una infancia pobre, pero feliz, muy a pesar de las carencias y de una educación interrumpida una y otra vez, por obvias razones.

Soy el quinto de ocho hermanos, el diferente, el que no encajaba ni pertenecía siquiera a ese espacio.



La adolescencia

Al dolor propio de la adolescencia, de la mía, se sumaron el rechazo y las ganas de querer ser parte de un lugar y pertenecer a él. En medio de un desarraigo que fui obligado a cargar, desarraigo en el que vivo al día de hoy.

Fueron muchos los malos momentos que viví a manos de algunos que considero míos: el acoso por parte de vecinos, amigos y hasta primos que trataron de accederme sexualmente, toqueteos que abruptamente se llevaron mi inocencia, pero que, como pude, nunca permití que llegaran a algo más.

En ese tiempo, por esas cosas del destino, me fui a vivir a Bogotá, donde, paralelo al estudio, empecé a trabajar. Este primer cambio en mi vida se dio por la masacre ocurrida en Segovia, Antioquia.

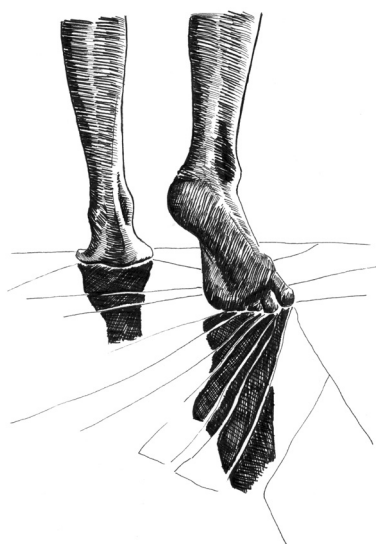
Pasado el tiempo, y cuando nuevamente se dieron las condiciones, retorné a Segovia, donde aún vivían mi madre y mis hermanos. Después de la masacre nada volvió a ser igual. Pese a todo, la vida continuaba. A partir de ese momento, mi vida transcurrió entre Segovia y Bogotá, pues en la capital había mejores condiciones. El imparable tiempo siguió su curso y con él me fui labrando un presente más próspero. Eran otras economías muy diferentes. Así fue pasando el resto de mi adolescencia, entre un lugar y el otro.



La mudanza

La vida siguió su curso, el tiempo siguió pasando y el destino dio un nuevo giro. Las cosas se pusieron un poco tensas en Segovia: mi madre ya no trabajaba, mis hermanos mayores hicieron sus vidas y ella se quedó sola con los menores. Al percatarme de la situación, regresé a Segovia y le propuse a mi madre que se fuera a vivir conmigo a Bogotá.

Y así fue. Llegamos a la capital a vivir al sur, en la propiedad de un tío con el que trabajé por mucho tiempo. Para ese momento tenía escasos quince años, y mi madre y yo empezamos una nueva etapa. Fui muy feliz al lado de mi familia.



El cuartel

Todo siguió transcurriendo de manera normal. La vida, los años, las dinámicas establecidas... Salir cada día a laborar era mi prioridad y mi madre se desenvolvía con las suyas.

Un día, mientras iba al trabajo en la fábrica de porcelanas de mi tío, ya casi llegando a mi destino, detuvieron el bus en el que me dirigía, más o menos entre la 78 y la Primero de Mayo. Una voz ordenó bajarnos con cédula en mano, para una requisita.

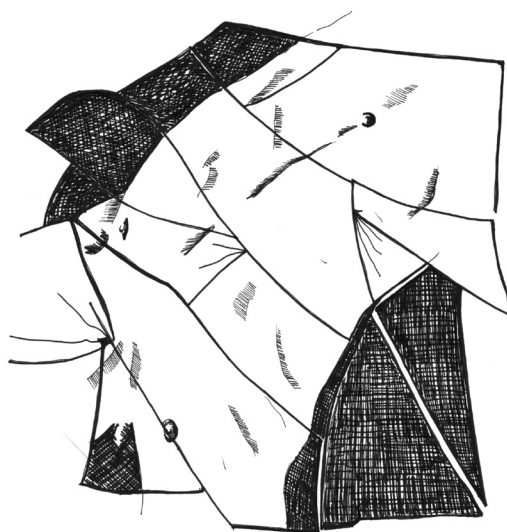
Una vez fuera del bus, y después de requisar a los hombres, empezaron a pedir la libreta militar; a los que no la teníamos nos hicieron parar a un costado, con otros que ya tenían ahí. Ese día no fui a trabajar a la fábrica de mi tío, pues nos llevaron a un batallón de caballería situado al norte de la ciudad.

Al llegar, se nos permitió hacer una llamada para informar dónde estábamos. Todo el día la pasamos allí. Se nos explicó qué estaba pasando y qué tan probable era que continuáramos el proceso o no de incorporación con el ejército. Finalizando la tarde y empezando la noche se nos permitió abandonar las instalaciones, no sin antes llenar unas formas. Nos dieron una nueva fecha para presentarnos.

Las semanas pasaron y el día de la citación llegó. Recuerdo que llegué con certificados médicos de historia clínica y un extrajuicio juramentado donde constaba que mi madre y mis hermanos dependían de mí, esperando a ser exonerado de prestar servicio militar. Un suboficial tomó todos esos papeles y los rompió, aduciendo que ellos contaban con el mejor hospital de Colombia si era que tenían que curarme alguna enfermedad y que, además, yo tenía más hermanos.

Fue así como ese mismo día, después de varias pruebas y exámenes, terminé al interior de un bus con rumbo a un batallón en un municipio del Meta, llamado Granada. Llegamos a un batallón, el 21 Vargas.

Por aquellos días, comenzaba en el país la Operación Colombia, por lo que el entrenamiento fue más rápido de lo normal, quizá para tener más tropa disponible, supongo yo. El caso es que, tiempo después, ahí estaba yo vistiendo camuflado y portando sobre mis manos un Galil dispuesto a dar mi vida por mi patria. Mi madre y una hermana estuvieron en el batallón, acompañándome en la ceremonia formal de entrega de armas y todo parecía normal.



La pérdida

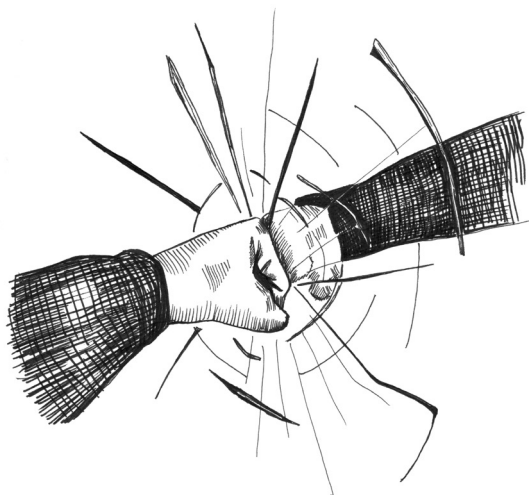
Por esos días me encontraba con mi pelotón, haciendo ejercicios de campo en un espacio un tanto retirado del batallón. Era ya pasado el mediodía cuando me enviaron en compañía de otros reclutas y un cuadro a recoger víveres al batallón. Estaba desembarcando del camión en que íbamos, cuando escuché mi nombre en el parlante (chismógrafo, como le decíamos al altavoz): «Soldado Gómez Gómez, John Jairo: es solicitado en comunicaciones, tiene una llamada», el corazón se me puso a mil y acudí corriendo al llamado. Del otro lado del teléfono, una de mis hermanas diciéndome que mi madre había muerto.

¿Y ahora qué?

Ese fue el interrogante: qué hacer, cómo iría a despedirla, pues tenía el permiso, pero no los recursos económicos para viajar a Bogotá. Recuerdo la gran solidaridad de aquellos soldados, pues fue por ellos que pude recoger los viáticos para poder viajar.

Ya en Bogotá, llegué a la funeraria donde se estaban desarrollando las honras fúnebres. La vi ahí, en su rostro se reflejaba el descanso, era como si se hubiese liberado de toda una vida de angustia y desigualdades, que fue como le tocó vivir; las lágrimas que no habían salido llegaron al fin.

Pasó tan duro evento y, de pronto, llegó la hora de volver al cuartel. Aunque en algún momento pensé en no regresar nunca, la palabra desertar me producía cierto grado de temor, y mejor era volver. Así lo hice.



El regreso al batallón

Pasaron las novenas por la muerte de mi madre y, ya de regreso en el batallón, lo primero que veo son compañías de soldados voluntarios, como se llamaban. Hoy les decimos soldados profesionales, pues por esa época no existían soldados profesionales ni soldados campesinos ni el grado suboficial de cabo tercero. Los batallones agregados y las nuevas compañías, incluso de rurales, se hacían notar por encima del personal del 21 Vargas, porque estaba en firme la Operación Colombia. Mi gusto por la vida militar se incrementó por la actitud y las historias de muchos de aquellos soldados voluntarios, rurales, etc.

Días después, me embarque rumbo al Cerro El Girasol, un cerro en el sector de La Macarena, que cumplía la función de prestar servicio de comunicaciones. A las semanas, llegó el helicóptero que supuestamente era la única forma de llegar hasta allí, y el estafeta, aparte de llevar provisiones, también le dio al comandante la directriz de que yo volviera al batallón... y así lo hice.

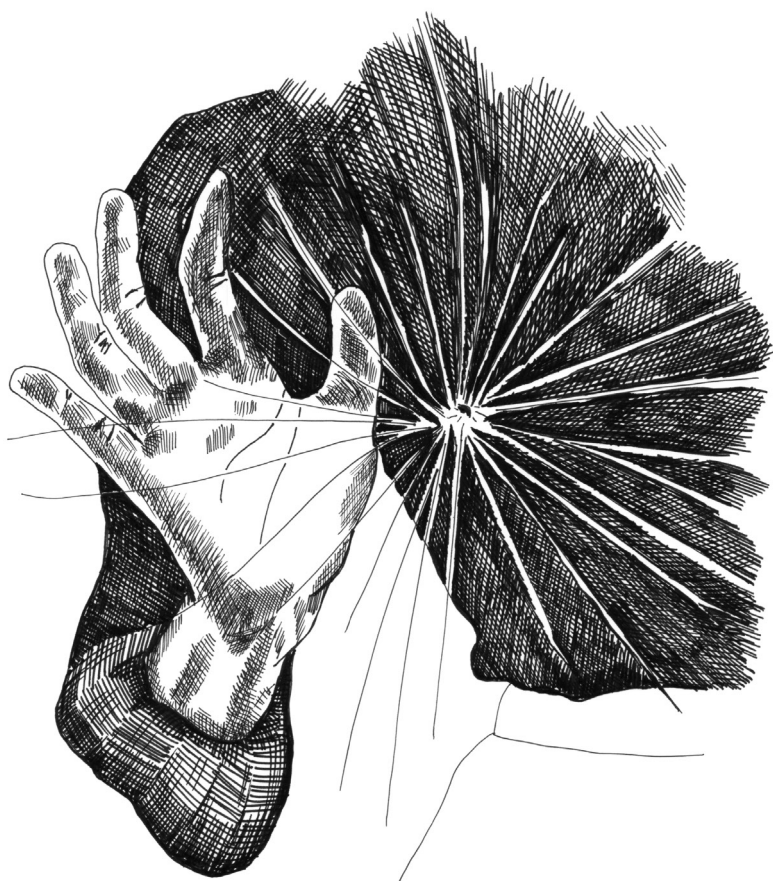
Una vez allá, comprendí por qué la orden de volver al batallón.

En mis tiempos de recluta, había atendido, por orden del comandante, varios eventos donde se necesitó alguien que supiera de mesa y bar, y fue en uno cuando conocí a un general de apellido Quiñonez Quiñonez, quien había apreciado mi labor y que, por alguna razón, preguntó por el soldado Gómez; me sugirió para organizar los eventos de plana mayor de la Operación Colombia, donde preste mis servicios y conocimientos. Con él, conocí la majestuosa tumba del cura Pérez y las instalaciones de Casa Verde, un enorme complejo en medio de la selva colombiana.

Pasaron meses y el pelotón que prestaba seguridad en el Cerro, al que yo pertenecía, fue relevado por otro, cuyo comandante era un oficial que siempre me trató bien y al que le guardaba un especial aprecio. Un día hubo revuelo en el batallón, pues rápidamente corrió la noticia que la guerrilla se había tomado a sangre y fuego el Cerro El Girasol. Yo no lo podía ni creer ni asimilar, pues yo que había estado allí siempre pensé que solo por aire se podía llegar hasta allí; sin embargo, ellos lo habían hecho por otro medio, dejando a su paso muertos y secuestrados y una esquila de destrucción que solo ví en imágenes tomadas del lugar.

Los cuerpos inertes empezaron a llegar al batallón. Uno de ellos era el de mi teniente, una persona a la que le tenía un aprecio y un afecto que va y se da más allá del servicio; la forma tan absurda como murió solo daba cuenta de la maldad y la forma bárbara del accionar de los criminales, por quienes se nos pide perdón y olvido, nos lo pide un Estado que dejó solos a los sobrevivientes de este absurdo.

Después de esa otra pérdida en mi vida militar, me obligué a callar hasta hoy para intentar seguir adelante con mi vida.



Por marica I

Este tema es fundamental para entender un poco el porqué de los modos y las formas como me hicieron vivir la demencia de unos hombres que se ensañaron en mi humanidad, acto tras acto, cada vez más bárbaro y demencial.

No trato, bajo ningún argumento, de minimizar las dimensiones de los actos y acciones vividas, mucho menos de buscar aceptación por lo que soy en este campo, pues, por el gran amor de Dios, hoy puedo discernir por qué siempre me he sentido y siento así. Por fortuna, Él hoy me hace aceptarme, permitiéndome dejar la culpa. Al fin comprendí que este no es un tema público, sobre el cual nadie tiene derecho ni por qué deban opinar.

Mi verdadera sexualidad siempre ha sido el motivo principal para el rechazo y la discriminación, y en el ejército no fue la excepción. Aunque muy pocos lo sabían, fueron ellos los que me hicieron conocer mi closet existencial. Desde mucho antes, ya me reconocía como hombre homosexual, durante mucho tiempo me acusé de ser, negándome a mí mismo quién era, me decía que esa situación no me obligaba a estar condicionado a nada ni a nadie.

Si no hubiese tenido que vivir toda esta carga emocional de la autoaceptación, tal vez me hubiera evitado tanto rechazo, dolor y discriminación. No es este el preámbulo de un pretexto para justificar mi sexualidad, aunque tuve que vivir una heterosexualidad impuesta, primero por mi familia y luego por esta sociedad falsa y doble moralista.

Los recuerdos negativos y acusatorios frente a ese tema han sido una constante; mi impuesta heterosexualidad me fue dada desde mis primeros años, cuando a mis hermanos y primos se les ocurrió la idea de que tendría que volverme hombre y a la fuerza me llevaron a un prostíbulo, lo que terminó haciéndome llenar de asco y minimizando mi autoestima.

Años después, y por circunstancias ajenas a mí, terminé casado por las razones erróneas, lo que me llevó a vivir el resultado de una equivocación en la que no solo yo salí perdiendo. El afán de querer estar en un lugar y pertenecer es el peor error que podemos cometer, pues, como dicen por ahí: a la fuerza ni los zapatos entran.

Hoy, por fin, y gracias a Dios, he podido aceptarme de forma definitiva como soy, en cuerpo y alma, en toda esa integralidad que nos envuelve como personas y como seres humanos, hoy ya esto no me hace sentir pecador ni monstruo, ya me acepto y me reconozco más allá de ideologías o banderas que no me representan en ningún sentido.

Por marica II

Retomando, y después de la toma del Cerro, la pérdida de mis compañeros, la de mi teniente y, la más importante, la muerte de mi madre. Como dije, el asunto de mi sexualidad solo lo sabían unos pocos; de un momento a otro, se convirtió en un secreto a voces, no sé cómo ni desde cuándo, pero ya todos lo sabían y yo tendría que asumirlo. Otra vez.

Muchas veces, quienes no acababan de creerlo llegaron a ponerme trampas, buscando hacerme caer en una deshonra pública. Eso me tocó verlo en repetidas ocasiones: actos de homofobia que se celebraban en todos los batallones del país. Y lo querían hacer conmigo. Esas prácticas hoy ya no se dan, gracias a Dios.

Pese a todo lo que viví, mi vida militar siguió su curso. Y las responsabilidades del servicio, también. Por eso, una noche salí a recibir mi turno de centinela de batallón. Todo parecía normal, pero en el ambiente se respiraba algo distinto, no sé cómo explicarlo. Mi amigo, el corneta de la unidad, estuvo conmigo en mi puesto un rato, pero al final se fue a descansar. Cuando había pasado ya la mitad de mi segundo turno, llegó a la garita el dragoneante de verificación del servicio, con otros dos soldados voluntarios agregados a ese batallón, a mí me pareció normal, no le vi ningún problema.

Por un rato, compartimos una charla amena; uno de ellos me preguntó insistentemente: «¿Usted es de Guamalito?», a lo que yo, en medio de mi ignorancia, solo sonreía. Ni siquiera hoy lo entiendo.

A partir de esa pregunta, las cosas empezaron a subir de tono y a ponerse candentes. Confieso que en algún momento me alcancé a sentir alagado, pero todo dio un giro cuando empezaron a tocarme el trasero, cosa que me incómodo y les pedí que se marcharan mientras que ellos, en medio de risas, me desarmaron y me sometieron, dejándome en el suelo de la garita con el camuflado abajo en mis pies. Mientras dos me sostenían, uno de ellos me accedió sexualmente. Cuando terminó, siguió el otro y el otro. Después de esto, y como si algo natural o normal hubiese ocurrido, se alejaron, no sin antes dejarme claro, en tono amenazante, que allí nada había sucedido.

Me quedé en medio del más tremendo caos existencial y de sentimientos; lleno de asco temor y sin saber qué hacer, me subí el camuflado, me organicé como pude, hasta que me recibieron el puesto de seguridad, que quedaba contigo a las marraneras.

Al día siguiente, tomé la decisión de contarle lo sucedido a mi lanza, el corneta del batallón, y este, a su vez, lo consultó con un sargento, el encargado de la armería. Nos reunimos y le conté paso a paso cómo había sucedido todo, pero, en lugar de encontrar apoyo en él, los reproches y acusaciones de culpabilidad fueron

los protagonistas del fallido SOS.

«Usted tiene la culpa de lo que pasó», fue lo primero que dijo, «por permitir que ellos se quedaran en la garita», y agregó: «El puesto de guardia no es para recibir visitas, o sea que, si el enemigo llega, usted, soldado, se pone a conversar con ellos. Usted es el único culpable de lo que le pasó, por marica, y usted verá si va y le cuenta lo que le pasó a mi coronel. Usted, soldado, es el que lleva las de perder, pues quién le va a creer en una institución donde no hay maricas; lo único que va a lograr es someterse a una deshonra pública». Y, concluyendo, exclamó: «Usted vera». Por eso, me abstuve de denunciar el hecho.



Consecuencia

Tiempo atrás, y antes de ingresar al ejército, ya era donante de la Cruz Roja y seguí siéndolo. Cinco meses después del episodio de abuso sexual por parte de aquellos soldados, una mujer civil que trabajaba en el casino de oficiales, doña Flor, cierto día me pidió el favor de donar sangre para una familiar suya: la iban a operar y le exigían sangre para poder hacerle el procedimiento quirúrgico. Al día siguiente, y por salir un momento del batallón, me encontré con una aguja en el brazo, donando sangre.

Ese evento terminó positivamente para doña Flor y su familia, pero una tarde, mientras en el batallón se realizaba la relación del día, se me indicó dirigirme al dispensario y presentarme ante el médico. Así lo hice. Me recibió el enfermero de turno, un hombre de contextura gruesa y no muy apreciado por parte de la gran mayoría de la tropa, pues no era una persona muy discreta o prudente.

Me encontré con el médico del dispensario, mi teniente Pérez, quien me ordenó ir por mi equipo. Obedecí, pensando que me habían trasladado a otra unidad, pero, cuando volví, el enfermero de turno me dio una bata y me mostró la cama donde debería permanecer unos días.

Una vez instalado como se me había ordenado, llegó el médico Pérez y, sin rodeos, me mencionó que a la sangre que había donado le hicieron una serie de pruebas y que había resultado positiva para sida. Yo no entendí esa palabra, como si estuviera en una nube. Era diciembre del 90 y por ese tiempo en el país no se tenía mucho conocimiento sobre el tema, casi nadie conocía términos como prueba Elisa, Western Blot, carga viral o tratamientos antirretrovirales. Por eso, creo yo, el médico teniente Pérez me dijo: «Soldado, usted tiene sida y no le queda sino un año de vida».

Recuerdo la sensación desconcertante de que en menos de un año iba a morir, según el teniente Pérez... Fue total y traumática en ese momento. De ahí en adelante, empezó toda una ruta de luchas que al día de hoy me mantienen con vida.



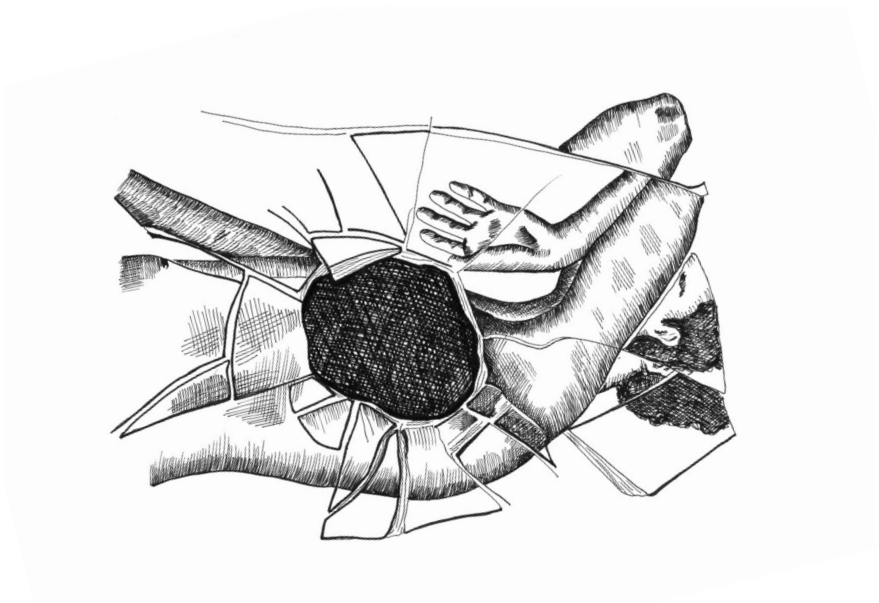
Lo que hay después de la condena

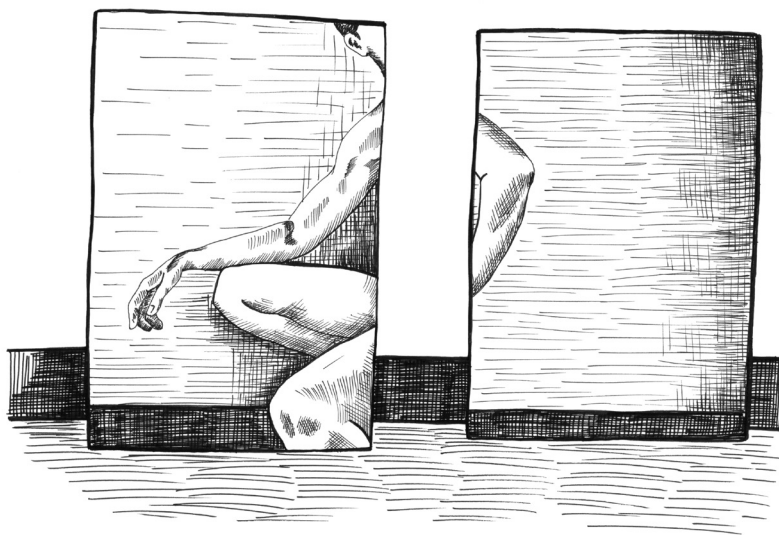
Me enviaron a Bogotá al Instituto Nacional de Salud, donde me hicieron pruebas de laboratorio que confirmaron el diagnóstico, de allí salí directo a un batallón de sanidad que quedaba en San Cristóbal, en la capital, donde el comandante no sabía qué hacer conmigo por temor a que mi sola presencia podría contagiar a los otros soldados y cuadros que allí estaban. Al final, me enviaron al Hospital Militar Central de Bogotá, donde permanecí un buen tiempo entre exámenes y psicólogos.

Por mucho tiempo, mi vida fue confusión total: era tratar de entender, en todo momento, qué estaba pasando. Al final, me hicieron una junta médica y me enviaron a mi casa a esperar. Un año después, me estaban pensionando por enfermedad y me retiraron definitivamente de las filas del ejército.

Años después, me volví a encontrar con el médico teniente Pérez. Cuando me saludo, igual le contesté el saludo sin dejar de recordarle que él me dijo un día que moriría a menos de un año, después de que me diera el diagnóstico.

Es por lo que pasó en ese tiempo que hoy puedo asegurar de dónde y cómo llegó ese diagnóstico a mi vida, y con quiénes y cómo lo adquirí. Es decir, esa madrugada de servicio de centinela, en aquella garita contigua al puesto marraneras, en el batallón 21 Batalla Pantano de Vargas, en el municipio de Granada, en el departamento del Meta, donde fui accedido sexualmente por esos tres soldados de quienes jamás hubiera podido desconfiar, porque, aunque muchas personas no lo crean, a los hombres también nos violan.

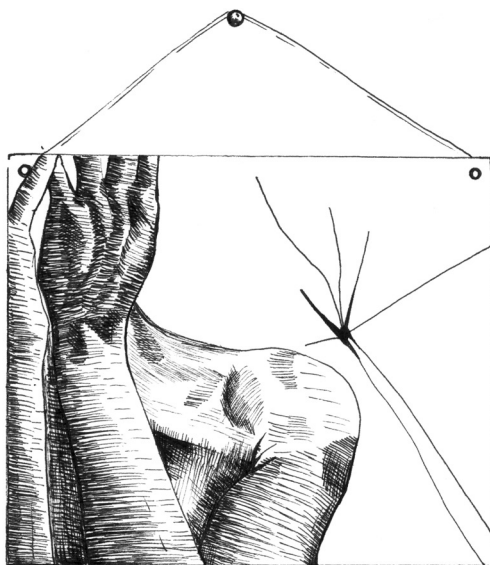




Y la vida siguió

La vida siguió su curso entre mis citas médicas, los trámites para buscar que me pensionaran como lo habían prometido y mi empleo en un modesto taller de porcelanas, donde laboré por mucho tiempo. Un año después del diagnóstico, el ejército me pensionó y fue esa pensión la que creó una división familiar que me llevó a tomar la decisión de venirme a vivir a Medellín con mis hermanos menores y seguir mis luchas y las de ellos, intentando recomenzar.

A partir de ese nuevo comienzo, han sido muchas las personas e instituciones que han hecho parte de mi vida, unos pasaron sin dicha ni gloria, otros han sumado y otros solo restaron, pero fueron más los que por sus conductas y acciones solo me enseñaron a aprender desaprendiendo lecciones y actos de vida que me mostraron la imperfección de cada uno de nosotros, los seres humanos.



Un lugar propio donde vivir

Por aquellos días, vivíamos en el barrio Campo Valdés, en la ciudad de Medellín, con mi pareja de entonces, mi hermana menor y su hija (su pareja ya estaba en España, al igual que mi hermano menor; el otro hermano ya tenía una vida hecha).

Paralela a mi cotidiana vida, se gestionaban los trámites para intentar conseguir vivienda propia por medio del antiguo INURVE (Instituto Nacional de Vivienda de Interés Social y Reforma Urbana), un espacio que llegó a mi vida para darme a mí y a los que vivían conmigo un poco de estabilidad. Un recuerdo que no se me olvida es la alegría de mi sobrina cuando nos entregaron el espacio que, aunque en obra gris, llegamos a transformar como uno de los más hermosos de aquella urbanización.

Todo esto sirvió para diseñar un nuevo proyecto de vida, nuevamente se trataba de salir adelante con aquel espacio, era conseguir los recursos y llenar de bienestar a otros antes que a mí, buscando agradar y encajar en sitios que momentáneamente me daban aprobación, innecesaria, por demás.

Cuando me entregaron la casa, ya no tenía pareja, pues había fallecido meses atrás. Por dicha situación o por azares del destino, apareció en mi vida una nueva persona, con la cual viví varios años, con la que construimos una historia en común, pero, como nunca nada puede ser perfecto, el traguito era su pasatiempo.

Visos de violencia

Los años pasaron en medio de grandes luchas por salir adelante, las deudas acumuladas no daban espera, y un día dejamos de pagar la supuesta «cuota voluntaria» que se pagaba a quienes prestaban seguridad en la urbanización abierta.

Corría el año 97, la vida seguía su curso de manera aparentemente normal, el dinero empezó a escasear y las necesidades no tardaron en aparecer. Entonces, escarbando opciones para la crisis, optamos por buscar un espacio más barato y arrendar nuestro apartamento, buscando equilibrar los gastos.

Por un tiempo, la situación fue dura, pero poco a poco se fue normalizando y, un año después, volvimos al apartamento. Cuando llegamos, los que prestaban seguridad en el barrio vinieron a informar sobre la nueva cuota. Fue esa la primera vez que me sentí amedrantado por estos sujetos, pues la cuota por la vigilancia ya parecía una imposición.

Diciembre del 98. Empezaron las festividades. Unas amigas nos invitaron a departir con ellas en su apartamento, así que llegamos y compartimos con su familia, no solo en esa fecha, sino también en las otras que fueron llegando una a una.

31 de diciembre. Se preparó la despedida y el inicio de año con una celebración donde estas supuestas amigas, la comida y el licor fueron los mayores protagonistas. Mi pareja no se encontraba conmigo, pues se había ido a pasar el fin de año en casa de su abuela paterna, con quien se crio.

Era la madrugada del primero de enero cuando él volvió; ya se le notaban los tragos encima, sin decir que estaba borracho. De inmediato, se integró a la celebración, pero pasaron solo unos instantes hasta que aparecieron algunas de esas personas que supuestamente cuidaban el barrio.

La forma tan familiar como los recibieron las anfitrionas de la fiesta no dejó de parecerme algo extraña, pues, según sus propias palabras, no eran de su agrado. La integración siguió su curso y el licor empezó a hacer su aparición. Mi pareja se fue tornando pesada y yo tomé la decisión de despedirme e ir a descansar; era como un pretexto para no pelear con mi supuesto primo (así le decía en público), quien en realidad era mi compañero por aquellos años.

Una vez en mi espacio, recuerdo que tomé una ducha, me puse la pijama y me metí dentro de las cobijas, un tanto incomodo por cómo había terminado la velada para mí. Horas después, llevaron a mi supuesto primo en total borrachera hasta la casa, de esta manera había terminado la celebración de fin de año.

Comienza el drama

El día siguió su curso, al igual que la vida. Mi pareja despertó, sé organizó y se fue a visitar a su mamá, y yo me quedé en el apartamento haciendo lo que regularmente hacía. Más tarde, bajé al parqueadero de la urbanización y me fui a ver cómo había terminado la celebración.

Inmediatamente, una de ellas me vio, con la que tenía más afinidad, me tomó por el brazo y me llevó a una banca, nos sentamos allí y me contó con detalle todo lo que había pasado después de que yo me había ido, la cercanía de mi pareja durante toda la reunión y cómo habían pasado conversando casi toda la madrugada. En realidad, a la fecha de hoy no entiendo qué pretendía ella contándome todo eso.

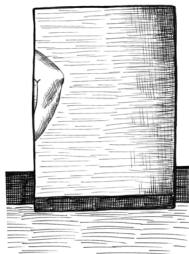
Confieso que en algún momento de la conversación me alcancé a sentir incómodo y hasta un poco celoso por todo aquello que me contaba, pero, al final, furioso, porque les había contado de nuestra verdadera relación.

Se fue a pique la fachada que por varios años habíamos mantenido, me llegué a sentir desnudo, descubierto, avergonzado, pues en aquel momento no me aceptaba tal y como soy, y, después de que ella terminó de hablar, volví a mi apartamento en medio de una mezcla absoluta de sensaciones.

Esa noche, él no regresó al apartamento. Cuando volvió, las preguntas, reproches, reclamos y cuestionamientos no se hicieron esperar, a lo que reaccionó de manera agresiva y descarada.

Así transcurrió esa semana de reproches y pleitos constantes, hasta que un día, en medio de esas peleas, yo decidí terminar la relación, cosa que acabó en todo un drama: yo con la cara llena de sangre, él con una mano cortada y la policía diciéndome que no podía salir de la ciudad hasta no saber cómo iba a actuar él después de los hechos.

Las cosas se calmaron, al menos por ese lado: él se fue definitivamente, envió a una prima por sus cosas y solo hasta hace poco nos volvimos a ver y conversamos de nuevo, pero nunca de ese tema. Sin embargo, sus acciones repercutieron en mí y en mi vida.



Empieza el abuso

Tontamente, pensé que todo ya había pasado, pero no fue así. Una mañana, creo, si mal no lo recuerdo, un sábado, me encontraba viviendo solo en mi apartamento, sonó la puerta de la entrada. Al mirar por el ojito de la puerta, pude ver que eran los que cobraban por la supuesta vigilancia en el barrio.

Casi no terminé de abrir cuando ellos ya estaban dentro del apartamento. Dos se quedaron afuera; otros dos se sentaron en el comedor, que quedaba frente a la entrada; uno, al que llamaban El Viejo, y otro más joven, un tal Cristian, El Negro, se sentaron en la sala.

El que empezó a hablar fue El Viejo: me dijo que me sentara, que teníamos que hablar, a lo que yo le respondí que así estaba bien, pero uno de los que estaba sentado en el comedor se levantó y, tomándome por el brazo, me haló, obligándome a sentarme, mientras uno cerraba la puerta del apartamento, dejando a dos del grupo afuera.

En tono amenazante, me dijo que no estaban jugando, que la gente del barrio eran personas correctas, con niños y niñas que no tenían que ver cosas que no fueran del orden natural, que por eso allí había tantas familias tratando de educar a sus hijos normalmente. Que ellos no podían permitir que el barrio se llenara de gente rara ni desviada. Les pregunté qué tenía yo que ver con lo que estaba diciendo, y él respondió, en tono burlón, que yo sabía a qué se refería; y agregó que no quería escándalo, a lo que repliqué que cuántas veces yo había hecho algo así, de ese tipo. Él hablaba y yo le respondía, hasta que un puño fue a parar directamente a mi cara, con la intención de callarme. Ese fue el primer asomo de violencia física, de muchos más que viví en todo el tiempo de sometimiento por parte de esos dementes.

La advertencia fue que no querían ver «ese tipo de espectáculos en el barrio», y que, si pretendía seguir viviendo ahí, la cuota que me cobrarían a partir de ese momento era otra diferente a la de las familias «normales»; no podía hacer nada, solo pagar.

Recuerdo que, cuando se fueron, quedé más aburrido que ninguno, solo atiné a echarle la culpa a mi ex por todo lo que había empezado a suceder, y las lágrimas de impotencia no tardaron en aparecer.

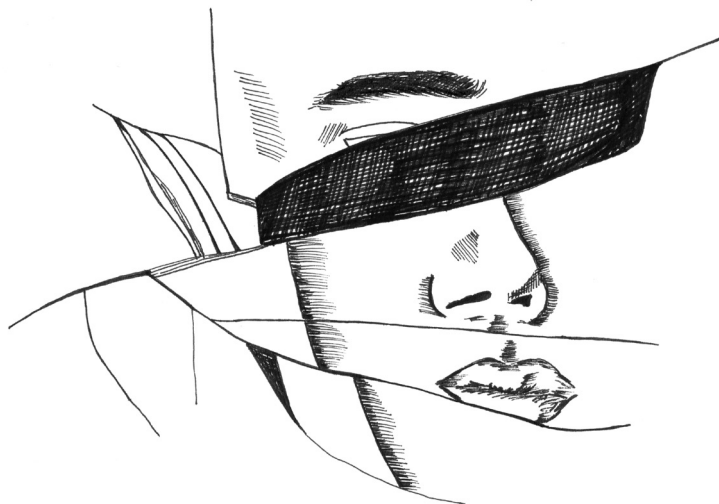
Qué cosa tan absurda, qué dolor tan grande, qué impotencia me invadía en aquellos momentos. Las lágrimas no tardaron en hacerse presente como única forma de desahogo: el tener que empezar a lidiar con esos abusivos era algo más que injusto.

El espacio físico en el que vivía por aquellos días y en el que se vivieron tantos abusos, donde se escribió toda esta historia de horror, era un espacio hermoso,

construido con total esfuerzo... En fin, un espacio muy bonito.

Hoy día, creo yo que estos locos pensaron absurdamente que allí había dinero, cosa que no correspondía para nada con la realidad.

Sin embargo, la vida, mi vida, debía seguir su curso, el recaudo de la cuota de colaboración por vigilancia siguió hasta convertirse en una constante, que se volvió paisaje... y así siguió la vida.



Brote de violencia

Un fin de semana cualquiera, cuando me disponía a disfrutar de mi espacio y descansar de los ajetreos propios de una semana llena de luchas (propias de quienes pretendemos salir adelante con nuestro propio esfuerzo), un golpe seco sonó en la puerta de entrada. Corrí hasta la cocina y tomé el dinero; por aquellos días lo ponía sobre la nevera con la intención de dárselos y que se fueran sin entrar a mi apartamento.

Pero esa vez no fue así, pues recibieron la cuota y, sin ser invitados a seguir, ya estaban adentro. Pidieron algo de tomar y me preguntaron si podían tomarse unos traguitos suaves y escuchar musiquita. Supe que no se trataba de que yo les permitiera nada, y esto me quedó claro cuando, descaradamente, dejaron ver sus armas de fuego.

Ya había llegado la noche cuando empezaron a entrar con bolsas con licor, gaseosas y otras cosas; yo abrí la puerta y ellos se apoderaron del espacio, prendieron el equipo de sonido y empezaron a departir allí como si se tratara de su espacio. Decidí irme a mi habitación con la esperanza de que todo pasara lo más pronto posible. Sin embargo, fue una noche larga, más larga de lo normal, pues me obligaron a atenderlos: hielo, limón, naranja, pasabocas.

Eran unos pocos, pero decían estar esperando a los «duros»; siguieron llegando uno a uno. Hasta ese momento no había presencia de mujeres, cosa que dejó de ser así cuando llegaron los supuestos duros, quienes sí llegaron con unas muchachas.

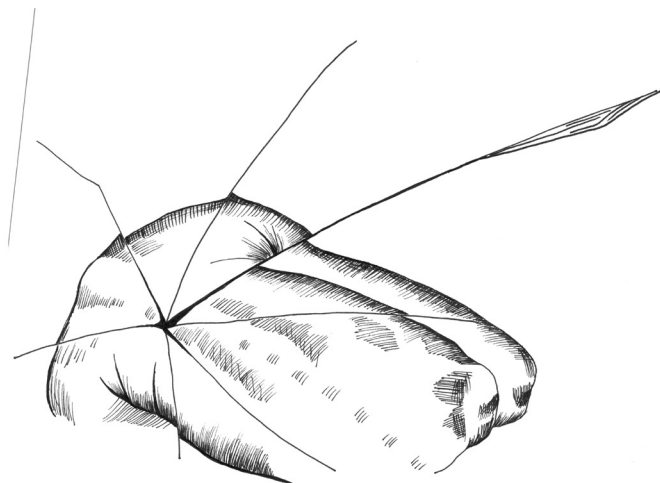
Ya estando todos reunidos ahí, en mi apartamento, mis pensamientos se concentraron en pedir que la noche pasara lo más rápido posible y que todo aquello por fin terminara. Pasada la medianoche, los duros se fueron con sus mujeres y agradecieron por la atención. Me desconcertó que agradecieran, más aún cuando sabíamos que no fueron invitados, ni ellos ni ninguno de los que permanecían en mi apartamento.

Esa noche fue eterna para mí, hasta que, uno a uno, se fueron marchando. Al final, no quedaron sino dos de ellos, que terminaron por irse ya bien entrado el nuevo día. Por fin pude dormir; ilusamente, pensé que todo aquello había quedado ahí, le rogaba a Dios que eso no volviera a pasar, pero el destino me confirmaría después que solo era el principio de mi drama.

El domingo siguiente, nuevamente sonó la puerta. Eran ellos con unas bolsas llenas de ropa sucia y zapatos. Tenían la firme intención de que fuera yo quien lavara, pues, como dijo uno de ellos en tono burlón, ellos no tenían lavadora: «Lave... ¿Luego usted no se siente tan mujer?», comentario homofóbico, por demás, y sin sentido.

A partir de aquel momento, esta acción se repetiría continuamente, una obligación impuesta: hasta el jabón lo tenía que poner yo y, para el colmo, exigían hasta suavizante.

En una ocasión, en una de las tandas de ropa sucia, escuché una conversación en las escalas del edificio, a la entrada de mi apartamento. Uno de ellos decía: «Parce, yo a ese marica no le recibo ni agua, ¿no ve que de pronto le echa veneno? Y comida, menos: ¡que asco!»; y el otro replicó: «Sí, parce, qué susto, güevón». Hasta ahí escuche.



Para que se vuelva hombre

El drama continuó y yo, cansado de los abusos, saqué valor e intenté poner un alto en una de sus acostumbradas bacanales: les apagué el equipo de sonido y les pedí que se fueran de mi apartamento. Esa vez había más gente de lo cotidianamente se veía, tal vez por esto fue que me desesperé y les exigí que se marcharan.

Ellos me miraron con rabia y un poco sorprendidos. Algunos sacaron sus armas; por un momento pensé que me matarían, pero volvieron a prender la música un poco más fuerte. Cristian me dio un cachazo que me dejó viendo luces y una patada que me dobló en el piso. Me dieron un tren de pata y puño que por poco me hace perder el conocimiento; luego de los golpes, varios de ellos se orinaron sobre mi rostro y mi torso.

En instantes, y como pude, me reincorporé y me metí a uno de los baños, mientras ellos continuaban en medio de su locura, de alcohol, armas y drogas. Me duché y salí, lleno de temor. Al dirigir mi mirada hacia mi cama, uno de ellos, El Viejo, estaba allí acostado, totalmente borracho, con una mujer en igual condición.

Me fui a otra de las habitaciones y uno de ellos se quedó mirándome y exclamó: «Mira a la niña recién bañadita», a lo que los demás respondieron en coro con una risa burlona, como preámbulo de la locura, la violencia y toda esa demencia, fruto del licor, las armas de fuego y las drogas que habían consumido durante toda la noche y la madrugada.

En medio de empujones, me vi en la sala, me hicieron arrodillar, inclinándome sobre la mesa de centro, esa fue la primera vez que me accedieron sexualmente. Según ellos, para «volverme hombre» a las buenas o las malas.

Un frío recorrió hasta mis huesos, como si de pronto hubiese caído en una enredadera de la que no podría salirme. Esa madrugada, mientras unos me tenían inmóvil, los otros me accedían sexualmente, uno a uno, era una especie de juego macabro, había risas, insultos, palmadas; no faltó el que halara mis genitales.

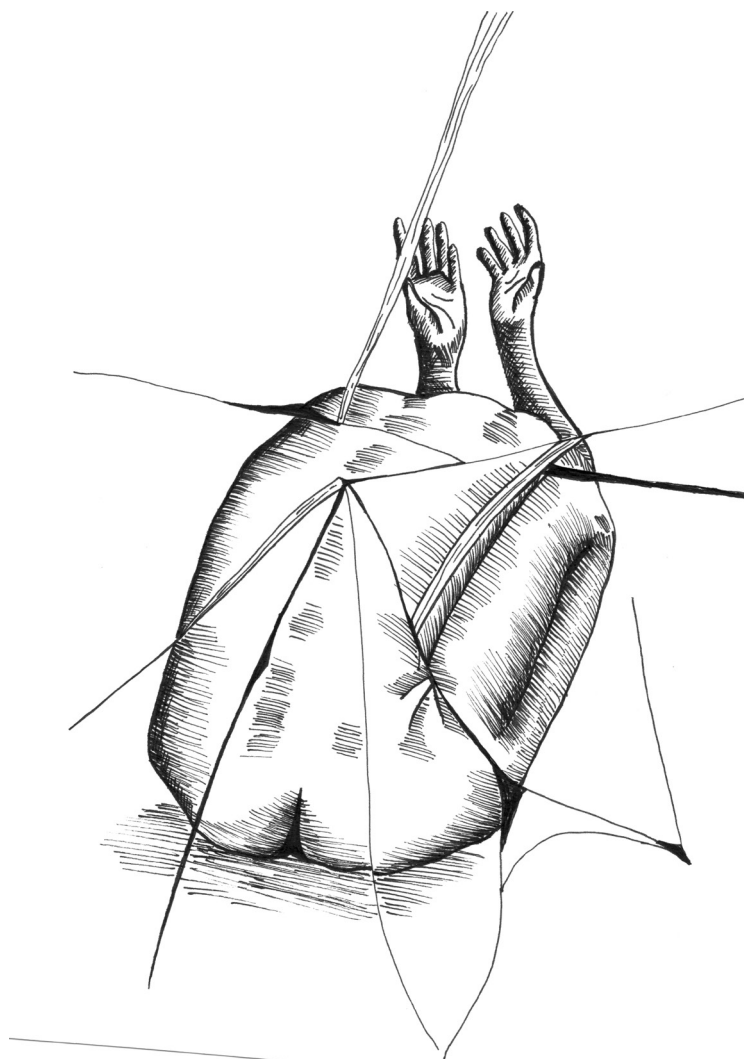
Una frase que aún ronda en mi cabeza fue la que repetían una y otra vez: «Para que sea baroncito, pero, si le gusta el pipí, tome pipí al cien», y se reían, con esa risa propia de personas dementes.

Hoy, y ya pasado el tiempo, me parece paradójica la forma en que pretendían, según ellos, volverme hombre, todo por mi orientación sexual, que era lo que les incomodaba de mi sexualidad y personalidad.

No puedo dejar pasar la oportunidad y contar que uno de ellos, muy joven, por cierto, se negó a hacer parte de aquel abuso, aunque ya no me importaba, pues la posición y la continua violación me tenían entumido de la cintura para abajo; una sensación de dolor y asco me invadió más cuando obligaron a aquel muchacho

a intentar violarme, pues a este no se le ponía duro. Él les repetía que a él no le gustaban los manes y que por eso no podía, pero como pudo también lo hizo, por la presión ejercida por las amenazas.

Cuando todo terminó, recuerdo la forma en que me miraba el muchacho: era una mezcla de asco y compasión. Uno a uno, se fueron marchando, dejándome ahí tirado y lleno de toda su inmundicia, sin poder sobreponerme a toda aquella barbarie, pidiéndole a Dios que tal hecho no se repitiera nunca más.



La cortina roja

Pasaron las semanas y las rutinas de esclavitud domestica siguieron, los abusos eran tales que, hasta ropas de mujer, de cama y de casa me traían.

En la sala de ese apartamento, había un ventanal que cubierto por un velo suizo y una cortina roja, hecha por mí. Una tarde, llegaron dos de ellos con su ropa sucia para ser lavada. Entre la tanda, llevaron una cobija y unas cortinas viejas y descoloridas, fruto del uso y del paso del tiempo.

Las ropas se lavaron y, cuando volvieron por estas, uno de ellos decidió que cambiáramos de cortinas, que yo le dejara llevar la cortina roja que cubría el ventanal de mi apartamento, aduciendo en tono burlón: «Me dañaste las cortinas, entonces tocó cambiarlas por esa». Yo me rehusé, pero los insultos y los golpes no se hicieron esperar; yo le devolví el golpe y allí mismo se dio un forcejeo entre aquel diablo y yo. Dos de ellos, que esperaban afuera del apartamento, ingresaron para ayudar a su amigo.

Los golpes y los insultos terminaron reduciéndome; ya era tanto el miedo que me producían que no pude ponerme de pie.

Me vi en el suelo, sometido, con un fuerte dolor en el pecho, con el pantalón abajo de los tobillos y casi sin aire por la presión de unas manos en mi cuello. Otra vez estaba en aquella posición, sí: otra vez violentado en todas las formas, ultrajado por tratar de defender lo mío, o lo que creía que era mío. El último de ellos que se encontraba sobre mí y apretando mi garganta, logró hacerme perder el sentido. Lo último que vi fue la cortina roja.

No sé cuánto tiempo permanecí inconsciente, pero cuando pude reincorporarme, la luz era protagonista en la sala: el ventanal ya no contaba con cortinas.

Me duché en medio de lágrimas, me vestí, lleno de rabia, rencor y un dolor inmenso. Salí rumbo al parque del corregimiento con la firme intención de denunciar todo eso que me estaba sucediendo y que había acabado de pasar.

Al llegar a la inspección de policía, el valor con el que iba se quedó solo en un impulso: en la entrada estaban El Viejo y Cristian conversando con unos agentes.

De inmediato, el muchacho se dirigió hacia mí, mientras yo permanecía inmóvil. «¿Para dónde va? Mucho cuidado con lo que hace, recuerde que usted tiene familia». Sin pensarlo dos veces, regresé a mi apartamento.

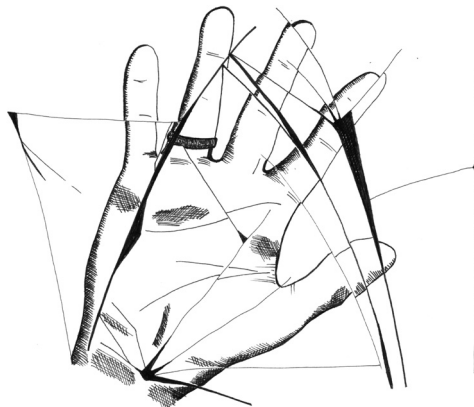
El resto del día me lo pasé llorando y sin ganas de hacer nada, ya empecé a no querer salir, a no relacionarme con nadie y a darme palo por mi impotencia al no poder hacer nada para solucionar aquel abuso, cada vez más repetitivo.

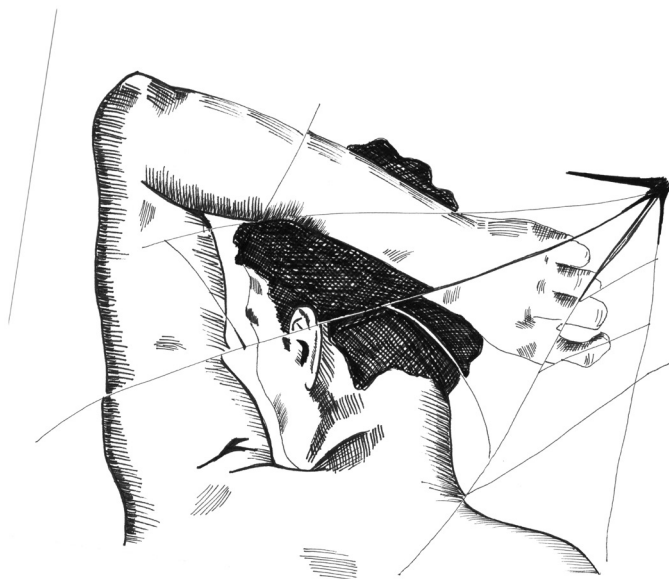
Advertencia o amenaza

Ya caída la noche, aparecieron los personajes. El primero que entró fue El Viejo; luego, Cristian; después, aparecieron otros de ellos. Ahí entendí la magnitud del problema y el atolladero en el que se había transformado mi vida.

Se sentaron. Según ellos, tenían que dejarme las cosas claras. Las otras personas se quedaron en el quicio de la entrada del apartamento. El Viejo me recrimino el supuesto acto de valor que había tenido yo en horas de la mañana; con voz temblorosa y lleno de miedo, negué que fuera a hacer algo cuando me los había encontrado en el parque. Con un grito, el hombre me mandó callar, diciendo que no lo creyera tan güevon, y replicó: «Mirá, marica hijueputa, yo ya te había advertido y no has querido entender por las buenas», y los insultos siguieron: «Malparido, ni se te ocurra volver a ir a la policía porque te matamos hasta la chimba, y te mato a tu hermana y a sus hijas y te las pico para que veás lo que le hacemos a los sapos, chulo hijueputa», y terminó diciendo: «Y, a partir de hoy, sube la cuota, y a vos te mato y también te pico».

Después de esto, se fueron saliendo, demostrando lo maquiavélicos y desequilibrados eran, en medio de insultos y amenazas. Yo me quedé sumido en el miedo por tan directas amenazas, sabiendo de lo que eran capaces de hacerme a mí o a mi hermana y su familia.





Encrucijada

A partir de ese momento, la vida transcurrió en continua zozobra, todo fue más confuso, temeroso y triste. Sin embargo, la miseria de mi vida debía continuar, así no supiera qué hacer o qué decisión tomar: el quitarme la vida sería la primera opción, pero cómo matarme y dejar a mi hermana en semejante problema. Era como si todos los caminos se cerraran, mi vida de un momento a otro se convirtió en toda una encrucijada, pero el temor y el miedo me obligaron a seguir, permaneciendo en silencio, callado frente al abuso y la violencia que había tenido que soportar todo ese tiempo y que se podría extender si no empezaba a sacar a los míos fuera del barrio.

El vestido negro

Yo seguía sobreviviendo a todo aquello, mientras en mi interior sentía cómo cada noche moría para, al otro día, tener que resucitar al dolor, al sometimiento y a la violencia. No sé cuántas veces tuve que obedecer solo, en silencio, las órdenes y caprichos de aquellos monstruos. Así pasaba el tiempo, y con él la vida, una vida llena de hechos dolorosos. Durante todo ese tiempo fui apenas una marioneta en manos de los caprichos del titiritero de turno.

Llegaba el fin de semana, y el temor y el miedo se convertían, como siempre, en aquella sensación inexplicable que anestesiaba mi cuerpo y mi sentir, en procura de seguir resistiendo aquel absurdo. Ya solo restaba esperar, en total resignación, cuál sería el nuevo abuso al que sería sometido.

Llegó otro fin de semana y, como era costumbre, ellos estaban ahí, haciendo con mi espacio lo que se les daba la gana. Cualquiera pensaría que ese espacio les pertenecía a ellos y no a mí, quien en verdad era el propietario.

Todo ya tenía unas dinámicas establecidas. Una de ellas era que, una vez esos malditos llegaban, yo ya no podía salir del apartamento, pues debía atenderlos. Razón por la cual los vecinos, me imagino yo, pensaban que todo lo que allí pasaba era con mi consentimiento.

Retomando, como siempre que se reunían, las armas, el licor y las drogas llegaban a ser parte del espacio. La música, los desmanes, el caos y la locura, una vez todo entraba en calor, se apoderaban de aquellos desequilibrados.

Ya estaba bien avanzada la noche cuando llamaron a la puerta. Yo me encontraba en mi habitación, preso del miedo y presto al llamado de cualquiera de ellos. De pronto, uno gritó ordenándome que abriera. Se trataba de uno de ellos, que traía en sus manos un paquete al que no le di mucha importancia.

Abrí. Él entró, y yo me fui nuevamente hacia mi habitación, mientras alias Cristian decía: «Ya llegó la ropa pa' la niña». El paquete que llevaba aquel hombre me cayó en la espalda y, con él, la orden de Cristian: debía ponerme el vestido de mujer que estaba dentro.

Entre macabras risas, decían que esa noche yo sería su puta. Yo solo atinaba a pensar que otra vez sería objeto del absurdo y del bochorno que producían en mí los actos demenciales de aquellos monstruos. Una nueva herida existencial se sumaba al rosario de cicatrices ya existentes, fruto de los constantes acosos y abusos perpetrados durante aquel tiempo.

Fue algo muy fuerte, algo demasiado doloroso. El hecho de que me obligaran a poner aquel vestido negro se convirtió en un espectáculo denigrante y grotesco. Yo, hombre que siempre me he sentido hombre, que nunca he querido ni pretendido dejar de serlo, más allá de mis preferencias u orientación sexual.

Ese día, además de obligarme a vestir aquel traje, llegaron las burlas. Con cada

palabra mal dicha, con cada insulto, el tiempo parecía no terminar. La payasada siguió adelante mientras yo me sentía bajo, menos persona y hasta más culpable por ser quien era, por mi homosexualidad, que en esos instantes llegué a repudiar. Empecé a creer que, en verdad, todo lo que me pasaba era solo culpa mía por ser y sentirme así.

La historia del vestido negro nunca se me ha podido olvidar, pues marcó en mi masculinidad una herida imborrable, la cual, aún hoy, no ha podido sanar.

Esa noche me obligaron a bailar. Con un labial que no sé de dónde diablos sacaron me pintaron los labios; dibujaron dos círculos en mis mejillas y, con el mismo, pintaron mis párpados. Esa noche también terminé violado. Algunos de ellos solo se masturbaron sobre mí, dejando caer sus fluidos sobre aquel vestido. Además, fui golpeado, insultado, burlado, denigrado y reducido a menos que nada. Después de esto, unos se marcharon y otros continuaron allí hasta bien entrado el día siguiente.

Cuando por fin todos aquellos desadaptados se fueron, el desorden se había apoderado del espacio: botellas vacías, colillas de cigarrillo, papeles, bolsitas de perico y pavas de marihuana. Y, como mayor evidencia, un cuerpo maltrecho por el abuso y los golpes: un ser que, tras cada hecho, pedía y suplicaba que toda aquella locura terminara de una vez por todas.

Cada vez sentía que mis fuerzas eran menos, que no podía más. Le suplicaba a Dios que todo acabara de una vez por todas. Mi pregunta siempre fue: ¿por qué a mí?, ¿qué era lo que estaba pagando? Mi hermana, ignorante de lo que realmente me sucedía, en cierta ocasión llegó incluso a recriminarme por las supuestas nuevas amistades.

Yo, sin embargo, le insistía en que vendiera su casa y se fuera de aquel sector, justificándole que ese barrio se estaba poniendo muy peligroso y que por eso yo también me iría de allí. Se lo repetí muchas veces y hasta llegué a proponerle prestarle de mis ahorros, sin intereses, para que comprara en otro lugar y se marchara de allí. Una nueva luz de esperanza empezaba, por fin, a alumbrar aquel oscuro camino.

Así lo hice. Aunque después se hizo la desentendida con la deuda, haciéndose la loca hasta el día de hoy. Durante mucho tiempo empecé a sufrir en silencio, a rumiar mi soledad, el abandono y el inútil sacrificio, hasta que un día entendí todo lo que tenía que comprender. Así, al fin, pude empezar a cerrar aquella historia revictimizante y, de una vez por todas, dar por concluido tan desalentador capítulo de mi vida.

Literal

Solo tres de aquellos sucesos vividos en ese tiempo me marcaron físicamente. Claro está que no pretendo dejar de lado, y mucho menos restarles importancia, a las marcas psicológicas y a las heridas existenciales que hoy permanecen y hacen parte de mí. Son cicatrices que me acompañan como verdades, como realidades vividas, las mismas que perpetuaron unos malditos dementes y desadaptados que usaron como pretexto la absurda guerra interna y el falso poder que representan las armas de todo tipo; armas que, en manos equivocadas, solo sirven para someter, violentar, intimidar, vulnerar y hasta mancillar la honra y la dignidad de los seres vivos, sin dejar de lado el derecho a ser, a vivir en paz y a expresarse en total libertad.

En cierta ocasión, ya bien entrada la noche, el licor, las drogas, la locura y las armas se habían apoderado de aquellos hombres. Como siempre ocurría en esos días, la víctima prestada a toda esa barbarie seguía siendo yo.

Esa vez les dio por orinar en las esquinas del apartamento. No sé por qué, si el espacio contaba con dos baños. Con voz tímida y llena de miedo les sugerí que los usaran, pero acto seguido los golpes no se hicieron esperar. Otra vez me vi tirado en el suelo y totalmente sometido. No faltó quien me obligara a tener sexo con ellos, para luego atarme de pies y manos.

Una vez atado, me voltearon. Uno de ellos se bajó el pantalón y, mientras unos me sostenían, otro me tapó la nariz con fuerza, buscando dejarme sin aire y obligarme a abrir la boca. Fue entonces cuando, sin pudor ni compasión, cagó en ella.

El horror, la impotencia y el asco fueron el preámbulo de unas lágrimas interminables. Vomité, y el vómito se mezcló con aquellas heces; pero, al final, terminé tragando esa porquería. A otro le pareció graciosa la escena y, en medio de insultos, decidió hacer lo mismo: orinó primero y luego descargó también sus excrementos sobre mí.

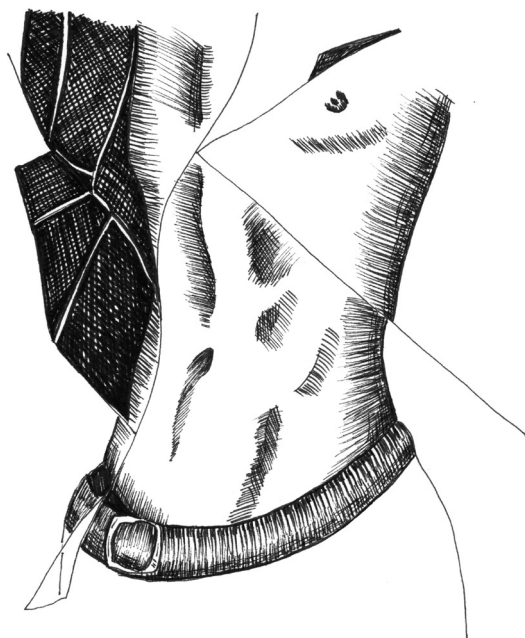
Terminaron sus actos profiriendo frases denigrantes: «Marica hijueputa, eso es lo que se merecen todos ustedes», mientras otro agregaba que yo era menos que una mierda y que los desviados solo servíamos como letrinas.

Qué asco. Qué forma tan desproporcionada de cobrarme no sé qué. Ya solo restaba la anhelada muerte. ¿Qué más podían hacerme?, ¿qué más podía soportar? Solo quería morirme para dejar de padecer a esos monstruos.

Después de eso, no pude comer durante varios días, al punto de perderle el gusto a los alimentos. El olor de muchas cosas me recordaba esa escena dantesca. Empecé a adelgazar mucho. No podría cuantificar cuánto de esa mierda alcancé a tragar, pero el olor y el recuerdo aún hoy me despiertan en las noches, obligándome

a medicarme para poder conciliar el sueño.

No sé si hoy tenga algún sentido escribir una historia tan cruda. Quizá sea solo una forma de tratar de erradicar el dolor que dejaron aquellos terribles hechos que me obligaron a vivir. Tal vez no le sirva a nadie, quizá ya no sirva para nada. Pero, como decía la profe Zulema en alguna de sus clases de derechos humanos, en la primera escuela de rugby que hubo: «Lo que no se nombra, no existe». Esa frase me inspira a reescribir mis vivencias, aun sabiendo que no soy escritor, y a poder decir, de manera literal, que aquellos monstruos me volvieron un comemierda. Literal.



El empalamiento

El hecho de que mi hermana pusiera el letrero de «Se vende» en las ventanas de su casa prendió las alarmas de aquellos individuos, pues, a partir de ese momento, el acoso empezó a ser cada vez más intenso. No sé qué imaginaron con la decisión de mi hermana, pero lo cierto es que, desde entonces, los insultos y las amenazas fueron más constantes y atemorizantes.

Ya era habitual que aquellos sujetos rondaran por los alrededores de la casa de mi hermana, como una forma de demostrarme que hablaban en serio y que no se trataba de simples advertencias.

Los clientes comenzaron a ir y venir, hasta que, el día menos pensado, apareció uno realmente interesado en la compra. Después de los trámites de rigor, la venta se concretó y mi hermana empezó a preparar la mudanza. Tras quitar los avisos, aquellos hombres llegaron a preguntar si en efecto la casa había sido vendida.

Poco después, aparecieron en mi apartamento con insultos y amenazas. Me preguntaron directamente si yo también pensaba vender. Respondí que ese apartamento no podía venderse, pues se trataba de una propiedad VIS y aún tenía un saldo con la entidad financiera. Les expliqué que era imposible. A lo que respondieron con una burla, citando el adagio popular: «Una cosa piensa el burro y otra el que lo está cargando». No entendí en el momento, quizá por el miedo que me generaban, pero esa frase nunca se me ha olvidado.

Salí entonces a ver cómo avanzaba la mudanza de mi hermana. Con su respuesta comprendí que no tenía ningún afán de irse, y así fue: esperó hasta el último instante para entregar el inmueble. Eso les dio a ellos más tiempo para seguir haciéndome la vida de cuadritos.

No había terminado de irse mi hermana y su familia, cuando una tarde llegaron con dos avisos de «Se vende», que colocaron en las ventanas de mi apartamento, aunque yo ya les había explicado que no era posible venderlo. Mi furia fue total, pero tuve que tragármela, junto con el orgullo y la impotencia. Después de aquello, se marcharon.

Al día siguiente regresaron con la intención de que les firmara un papel en blanco. Me negué rotundamente. Entonces me golpearon y abusaron de mí. Uno a uno pasaban sobre mí, sometiéndome a su supuesto «castigo», que según ellos me volvería hombre. El último de ellos, en medio de su abuso, repetía: «A esta perra ya le gusta». Yo, en silencio, soportaba por miedo a que la golpiza fuera aún peor.

En medio de todo, me consolaba pensando que mi familia pronto se mudaría y que yo, por fin, podría librarme de esa violencia. Fue esa certeza la que me sostuvo para no firmarles aquel papel en blanco.

Ellos salieron furiosos, advirtiéndome que volverían. Pero para mí esa vez la violencia pasó a segundo plano: lo sentí como una pequeña victoria el no haber cedido mi firma.

Durante semanas insistieron en que firmara, pero yo resistía sin ceder. Algo que los mantuvo alejados por un tiempo fue la visita de un hermano que vivía en el exterior. Sin embargo, con el paso del tiempo él tuvo que regresar a su vida, y yo quedé de nuevo a merced de esos hombres.

Agradezco hoy a Dios que, cuando le propuse quedarse con el apartamento y terminar de pagarlo desde el extranjero, él no aceptó. De haberlo hecho, no me imaginó lo que hubiera tenido que vivir.

El tiempo corría y mi hermana no terminaba de mudarse, mientras yo esperaba su partida para poder denunciar en la Fiscalía los dos años largos de abuso que aquellos malditos me habían hecho vivir. Pero la denuncia nunca se materializó: esa gente estaba dispuesta a quedarse con mi propiedad a cualquier costo.

Una madrugada llegaron con insultos, golpes y, de nuevo, el sometimiento sexual como protagonista. Sin embargo, me mantuve firme: no iba a entregarles lo único material que tenía, aquello que tanto trabajo me había costado conseguir.

Cuando terminaron, me quedé en mi habitación mientras ellos se drogaban y bebían en la sala. Todo empezó a salirse de control. Entraban y salían uno a uno: me golpeaban, me insultaban. Yo intentaba cubrirme con cobijas y almohadas para amortiguar un poco los golpes.

Sus rostros, deformados por el exceso de drogas y alcohol, parecían demoniacos. Al recibir de mi parte constantes negativas a firmarles el documento, tomaron la decisión de tumbarme sobre la cama. Me quitaron la pantaloneta: uno me sujetaba la cabeza contra el colchón, otros me sujetaban de los brazos, otros me separaban las piernas. Pensé que me violarían de nuevo, pero no fue así.

Lo único que sentí fue un dolor enorme, tan intenso que me dejó en la más absoluta oscuridad. Perdí el conocimiento. No sé cómo, ni cuánto duró. Lo único que recuerdo es la escena al despertar: estaba en medio de un charco de sangre, con una silla del comedor tirada al lado de la cama. El dolor en mi cadera apenas me dejaba mover. A rastras llegué hasta el baño, me envolví en una toalla y me quedé allí durante horas.

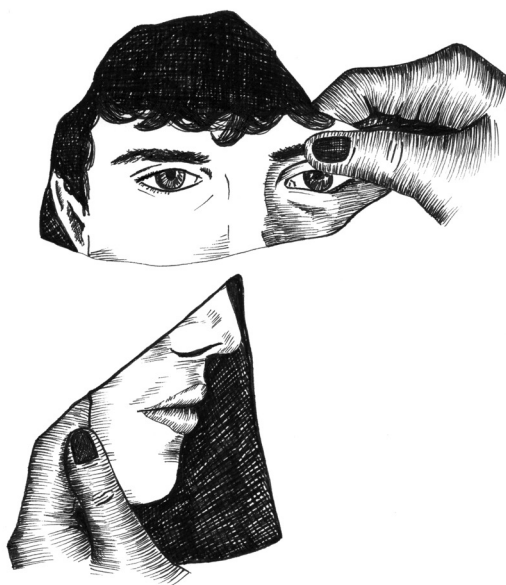
Cuando logré reincorporarme, me lavé la sangre en medio de un ardor insoportable. Con papel y toallas improvisé una especie de tapón para detener la hemorragia. Como pude, bajé las escaleras y busqué ayuda en el centro médico del corregimiento. Allí me suturaron, me dieron medicamentos, y al día siguiente ya estaba de nuevo en mi apartamento.

Mientras me recuperaba, esos malditos no se aparecieron por allí. Justifiqué mis heridas con otras excusas. Mi hermana aún no se mudaba. Quitó los letreros de

«Se vende» de mis ventanas. Los días pasaron y todo cayó en una calma densa, mientras yo me curaba de aquel nuevo y demencial acto propio de personas desadaptadas.

Desde entonces, el solo pensar en volver a verlos hacía que mi cuerpo temblara. Fue un tiempo de muchas lágrimas, de vacío inmenso, de una soledad infinita. La idea de acabar con mi vida era constante. Cada segundo que pasaba veía esa opción como la más adecuada para terminar, de una vez por todas, con tanto sufrimiento.





Sanando heridas

Nuevamente, y durante un tiempo, buscando sanar las heridas tanto físicas como psicológicas y espirituales, me fui a vivir donde una amiga, la misma que me recibió cuando me habían operado del cáncer que, gracias a Dios, logré superar en medio de todo ese drama violento que me hicieron vivir. Allí fui a recuperarme.

Una vez ya más restablecido, volví a mi espacio. Todo seguía igual: mi hermana no terminaba de salir de aquel sitio, y aquellos carteles de «Se vende» aún seguían pegados. Esa vez, por miedo, no los arranqué, pues pensé que al hacerlo podría volver a despertar su ira. Creí que era mejor dejar todo como estaba.

A las personas que preguntaban, incluida mi familia, se les vendió la idea de que me había ido a recuperarme después de una operación de colon. En todo caso, aquel tiempo lejos de allí me sirvió para descansar un poco de tantos maltratos.

Pero esta vez regresé decidido a intentar cambiar la historia, pues ya no tenía fuerzas para seguir aguantando aquel horror que por tanto tiempo me habían hecho vivir. Y así, de una vez por todas, poder empezar a vivir en paz.

La venta

Las citas médicas de control fueron la excusa perfecta para darle un sentido a la idea de seguir viviendo y continuar con mi vida.

El día preciso lo tengo grabado en mi memoria como si fuera ayer. Era viernes, ya caída la tarde, cuando regresé del médico. Aunque no me sorprendió mucho, ahí estaban esperándome aquellos desalmados, a la entrada de mi apartamento.

En esa ocasión los acompañaba un hombre maduro, gordo, bajito y barrigón, que jamás había visto antes. Supuestamente había ido a ver el apartamento. Yo abrí la puerta, ellos ingresaron con ese hombre y fueron ellos quienes le mostraron el lugar, mientras yo me mantenía al margen. Una vez el señor vio el apartamento, salieron con él. Desde la ventana pude observarlos en la panadería del sector, conversando largamente con aquel hombre.

Un rato después volvieron para informarme que habían vendido el apartamento. Me dijeron que el comprador estaba de acuerdo en pagar el saldo pendiente de la deuda. Me pidieron el valor exacto, se los di sin chistar. Eran unos trece millones y algo, y me aseguraron que a la mañana siguiente pasarían por mí para ir al banco.

Así fue. A la mañana siguiente llegaron en varias motos y me llevaron. Una vez en el banco, me entregaron el dinero y, tras la transacción, me pidieron el recibo de la consignación. Luego se montaron en sus motos y me dejaron ahí. Ese fue el inicio del final: el comienzo del despojo de lo único material que tenía.

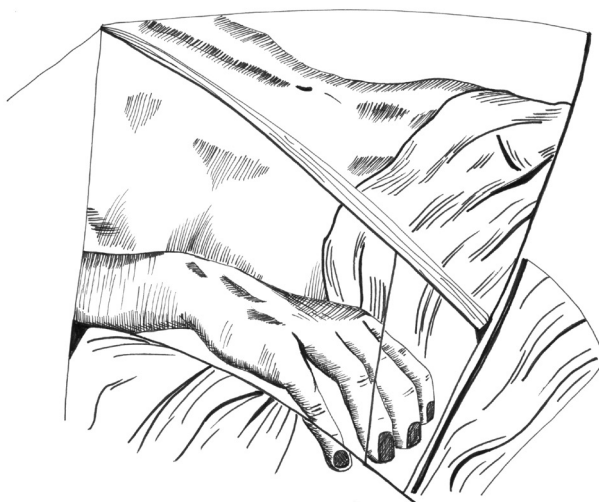
Ese día caminé durante horas, totalmente desconcertado y sintiéndome en el más absoluto abandono. Aun así, y en medio de la soledad, regresé a mi apartamento envuelto en temor y en la más infinita tristeza. La melancolía, la decepción, la impotencia y el dolor fueron tan grandes que llegué a la conclusión de que era mejor así, que ya nada importaba.

Los días siguientes estuvieron marcados por trámites. Se pidió el paz y salvo con el banco y se adelantaron gestiones para concretar la venta. Siempre fueron ellos quienes me acompañaron. Hasta que llegó el día de la promesa de compraventa y, finalmente, con todo el dolor de mi alma, tuve que firmar y entregar mi inmueble.

El día que salió la escritura, fueron esos vándalos quienes recibieron la notificación de que estaba lista. Me recogieron en el apartamento, me subieron a una moto y me llevaron a la notaría donde firmé.

Algo me llamó la atención: en todo momento, quien se había presentado como comprador fue aquel hombre maduro que vi la primera vez; sin embargo, a la hora de firmar fue una mujer quien estampó su firma. Me quedé confundido, pero ya no importaba: me lo habían quitado.

Ese día salí de la notaría totalmente devastado. Buscando, erróneamente, aliviar mi pérdida, me fui a un bar y traté de refugiarme en el licor. Quise mitigar la desesperación, la impotencia y el dolor. Pero nada de eso alivió mis sentimientos. Por el contrario, lo único que logró fue hundirme más en la depresión y la culpa.



Desplazamiento forzado

Una vez me obligaron a entregar lo único material que había logrado conseguir, eso que tontamente llegué a sentir como de mi propiedad, los mismos que me lo quitaron me dieron apenas un tiempo mínimo para salir de allí.

A partir de ese momento, tuve que conseguir unas cajas de cartón y empezar a empacar lo poco que me quedaba. Muchas cosas las regalé, otras las vendí por casi nada, y salí de allí con lo que pude.

Mientras empacaba, ellos iban todos los días. No sé si con el ánimo de fastidiar, de intimidarme o simplemente de reafirmar su poder, pero aparecían con sus armas de fuego, diciéndome: «¿Se va a demorar toda la vida en irse?», «¿Cuánto más piensa tardar en el trasteo?» y frases semejantes.

Una vez terminé de empacar, ese mismo día le conté solo a mi hermana —que aún no se había ido del sector— que me marchaba. Le pregunté cuándo pensaba irse ella, pues todavía alcanzaba a pagar arriendo en la casa que ya había vendido y en la que seguía aferrada a un espacio que ya no le pertenecía. Me dijo que lo haría después de mi partida.

Ese día bajé a Itagüí, al parque Brasil, donde conseguí un camión y gente que ayudara a cargar el trasteo. Por fin salí de aquel corregimiento, un lugar al que nunca más volví.

Al inicio me fui a vivir al sector de Buenos Aires, en una pieza en la casa de una amiga, donde arrumaba todo lo que había llevado, mientras encontraba un nuevo lugar. Pasaron los días y encontré un humilde espacio. Después de pensarlo un poco, y con un préstamo del Banco Popular más los pocos ahorros que aún me quedaban, compré aquel modesto sitio en el barrio La Milagrosa, en Medellín.

Mi intención inicial fue habitarlo tal cual estaba. Pero poco a poco empecé a transformarlo, hasta que llegó a convertirse en parte de mi personalidad. Muy pronto, y a pesar de mi pena, ese pequeño espacio se convirtió en un santuario de resiliencia.

Era un solo ambiente, al que dividí para sacarle un espacio extra. Eso lo hacía parecer más pequeño, pero también más acogedor. Allí viví aparentemente más tranquilo, lejos de aquel pasado que hasta ese instante seguía tan presente. Era un recuerdo del que ansiaba librarme con todas mis fuerzas.

Ese lugar me permitió retomar mi dolorosa existencia. Y aún hoy, después de haber vivido hechos tan duros, sigo impulsado por ellos: cada día intento reconstruirme con mayor fuerza, con más intensidad y con firmeza renovada.

Volvió la pena

Allí viví durante un tiempo. Una tarde, como ya era parte de mis dinámicas de la nueva vida, salí a tardear al parque del barrio. Pasó la tarde y luego me dirigí a comprar unas empanadas tradicionales del sector. Pero al llegar al punto de venta ocurrió lo que nunca más había querido ni pretendido que pasara.

Muy cerca de mí estaba Cristian. Su mirada amenazante me destruyó nuevamente. Recuerdo que en ese instante solo quería que la tierra se abriera y me tragara. Permanecí inmóvil, petrificado de miedo, paralizado de pies a cabeza.

Cuando logré volver en mí, ya un poco recobrada la conciencia, salí rumbo al espacio que habitaba. Mientras intentaba llegar, miraba una y otra vez hacia atrás, temiendo que Cristian me siguiera. No me percaté de que dos de los que estaban con él lo hacían: seguramente querían cerciorarse del lugar donde entraría.

Al llegar, me senté sobre la cama y, al rato, me di cuenta de que el pantalón estaba todo mojado: en medio del shock, me había orinado. El miedo que aquel personaje me producía aún hoy me sigue estremeciendo, incluso con solo recordarlo.

Esa tarde-noche me encerré. No encendí luces, no hice ruido, no prendí la televisión como era mi costumbre. Me quedé quieto, con la cabeza hecha un caos por tan desafortunado encuentro. Fue otra noche eterna, como aquellas del pasado de las cuales intentaba huir.

Al día siguiente preparé algo de ropa y útiles de aseo personal y me fui a una residencia en el centro de la ciudad por varios días. Pensé que era mejor arrendar aquel espacio y buscar otro lugar donde vivir. Todo era confuso: a ratos tenía destellos de valor, pero cuando recordaba la historia de violencia y sometimiento, todo el valor se iba a la basura y regresaban el temor y el miedo a aquellos monstruos.

Pasaron algunos días hasta que, por fin, llegó la hora de volver y enfrentar mi realidad. No podía aceptar que el pasado tan reciente volviera otra vez. Esta vez no podía quedarme callado: estaba dispuesto a denunciar si volvían a meterse conmigo. Con ese pensamiento regresé a mi espacio.

Intenté seguir mi vida, con la determinación de no volver a huir. A partir de ese momento no regresé al parque, pues quería evitar otro encuentro con alias Cristian. Pero empecé a vivir en constante zozobra.

Un día, al regresar de mi jornada laboral en un proyecto social —del Fondo Mundial y la Fundación Antioqueña de Infectología, donde fui líder de ciudad durante varios años—, sentí que dos muchachos jóvenes me seguían. Pensé que era parte de mi paranoia, pues cuando llegué a mi espacio ellos siguieron de largo.

Eso me tranquilizó un poco.

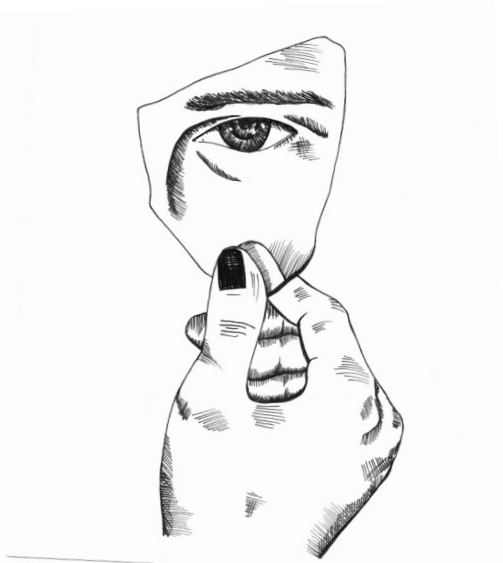
Sin embargo, al día siguiente empecé a verlos con regularidad en la esquina de la cuadra.

Cierto día estaba viendo televisión. Solía dejar la puerta abierta con la reja cerrada con llave. Un joven se acercó a vender bolsas para la basura e incienso. Me pidió un vaso de agua, y mientras lo bebía conversamos un poco, sin importancia. De pronto, apareció en una moto alias Cristian con uno de los muchachos que solían pararse en la esquina.

Alias Cristian se bajó de la moto. El vendedor se despidió y siguió su camino. A mí me recorrió un frío aterrador: el mismo miedo de siempre. Era tanto el dominio que ese hombre ejercía sobre mí que, cuando pidió que le abriera, yo de inmediato lo hice.

Al comienzo pretendió mostrarse en buenos términos. Observó el lugar, humilde pero ya bonito y confortable, pero aquello no fue una conversación: parecía un interrogatorio. Preguntaba por qué me había ido a vivir allí, que si lo estaba siguiendo, que si ese apartamentico era mío o arrendado, que con quién vivía.

Yo respondí, pero no le importó. Al final me dijo que la única duda que tenía era qué hacía yo en La Milagrosa, pero que ya sabía dónde trabajaba, a qué me dedicaba y que el apartamentico era mío, pues la señora del segundo piso se lo había confirmado. Concluyó advirtiéndome: «No vaya a soltar la lengua, porque le puede ir muy mal. Usted ya sabe quién soy yo y de lo que soy capaz. Siga su vida y déjeme sano».





Salió y por fin pude descansar.

A partir de esa visita lo empecé a ver más seguido. Fue ahí donde comprendí que debía vender aquel apartamentico, más que por seguridad, por salud mental. Compré un letrero de «Se vende» y lo pegué afuera. Mucha gente vino a verlo, pero por lo pequeño nunca se concretaba ningún negocio.

Pasó el tiempo. Yo insistía, pues debía vender o arrendar para poder irme y comenzar de nuevo, esta vez en otra parte del país, lejos de esa ciudad, lejos de ellos. Mientras tanto, compré unas cajas de cartón con la firme intención de empacar y estar listo para cuando llegara el momento.

Pero ni la venta ni el arriendo se daban: unos decían que era muy pequeño, otros que muy costoso. Aun así, seguí insistiendo, sin permitirme decaer. Era necesario: debía pagar la cuota del préstamo con el banco.

El Meco y El Negro

Ese fin de semana, cuando me disponía a empezar a empacar, recuerdo que tenía la puerta y la reja cerradas, cuando sentí el ruido de unas motos que se detuvieron en la calle. Cuando golpearon, el corazón se me puso a mil. En un principio la intención fue no abrir, pero cuando me llamaron por mi nombre y dijeron que sabían que estaba ahí, inmediatamente después de esas palabras abrí la puerta y la reja.

Inmediatamente después, entraron Cristian y El Viejo, los otros esperaron afuera. Mi sorpresa fue tal que, una vez volví a ver a ese demente, no pude modular sílaba alguna. Llegaron fijándose en cada detalle de aquel pequeño espacio. El Viejo se sentó en mi cama, mientras que alias Cristian abrió la nevera; no recuerdo con exactitud si sacó o no algo de ahí.

La pregunta del hombre fue por el qué estaba yo haciendo en aquel lugar, a lo que temeroso, respondí que nada, que solo vivía allí y punto. Recuerdo que, sobre una pequeña repisa de vidrio, bajo el televisor, siempre mantenía el DVD, y sobre él había un dinero y el recibo de los servicios públicos que pensaba pagar al día siguiente.

Cristian vio el dinero, lo tomó y preguntó por más. Era tanto el miedo de que me fueran a someter de nuevo a cualquier maldad, que inmediatamente les entregué el resto de dinero que tenía conmigo. Me mandaron a sentar e inmediatamente lo hice. Una vez sentado, me preguntaron por qué estaba empacando, que si era que pensaba marcharme de allí.

Yo, temeroso, no coordiné lo que decía y contesté que sí, que iba a entregar el apartamentico. A lo que alias Cristian replicó que estaba diciendo mentiras, que el apartamentico era de mi propiedad. A partir de ese momento empezaron a hablar mil y una tonterías. Me empezaron a tratar de marica, a dirigirse a mí con insultos y groserías, a burlarse, a llamarme puta, perra, y a mencionar cosas que me habían hecho. Alias el Abuelo preguntó con total descaro qué había pasado después del episodio donde me empalaron y que cómo había resuelto el «cariñito» que me habían hecho.

Yo solo contesté que me habían operado y ya, pero alias el Abuelo replicó: entonces estás para estrenar. Y los dos, al tiempo, soltaron la risa. Yo, preso del miedo, me quedé en el lugar donde estaba desde que llegaron, esperando el golpe o el abuso de turno, sin darme cuenta de que en ese mismo momento estaba siendo objeto de un abuso por parte de esos dos vándalos.

Llegó por fin el momento en que se fueron. En el instante en que salieron de mi apartamentico, primero salió alias Cristian, al que lo llamaron con otro alias, pues como que por allá le decían el Negro. Y al dirigirse a alias el Abuelo lo llamaron Meco. Pero bueno, en esos momentos eso era lo menos importante. Lo realmente importante era que, por fin, se habían ido y yo había salido ileso en aquella oportunidad.



Por qué otra vez

Una vez se fueron, quedé muy desconcertado, buscando explicaciones sin respuesta y salidas donde no las veía, soluciones que no encontraba. En fin, la vida se me volvió el más absoluto enredo. Sin embargo, seguí con mi tarea de empacar, esperanzado en poder irme antes de que algo peor sucediera, antes de lograr salir de allí.

Después de tan desagradable visita, cada vez que oía pasar una moto el corazón se me aceleraba, pensando que podían ser ellos otra vez. Solo cuando sentía que las motos se alejaban recobraba nuevamente la calma.

El lugar donde se encontraba aquel inmueble era una zona tranquila y solitaria, donde muy de vez en cuando se escuchaba ruido. Ocasionalmente, una que otra rumba con altos decibeles de música en la casa de unos vecinos de esa cuadra.

Ese fin de semana transcurría en aparente normalidad, salvo por la inesperada y desagradable visita que había recibido.

Era de madrugada y yo me encontraba viendo una película en DVD, cuando sentí que el ruido de unas motos se detuvo frente a mi apartamento. Alguien llamó a la puerta: no eran otros más que ellos dos. Sin querer, tuve que abrir. Una vez adentro, Cristian, el Abuelo y otros dos más me obligaron a beber del licor que llevaron.

Me exigieron dinero. Les contesté que no tenía, y era cierto: en esa ocasión realmente no tenía nada, ya habían ido por lo poco que guardaba. Entonces, cogiéndome del brazo, el Meco, o alias El Viejo, me obligó a sentarme sobre la cama, mientras los demás miraban y se reían. En aquel momento, totalmente desvalido y preso del miedo, solo obedecí.

En esa oportunidad me obligaron a darles sexo oral. Me decían cosas como que si no había aprendido a volverme hombre, que era menos que basura. Después de eso me bajaron la pijama, me hicieron separar con mis manos los glúteos, según ellos para ver cómo había quedado. Lo cierto es que terminé sobre mi cama en posición fetal, con la cadera al borde, siendo penetrado una vez más después de tanto tiempo. Una vez cometieron los hechos aquí narrados, se fueron como si allí no hubiera pasado nada.

Yo quedé sumido en el miedo, con un dolor insoportable y unas ganas enormes de morirme. Sentía que ya nada valía la pena, con esa pregunta sin respuesta que aún hoy me formulo: ¿por qué a mí?

A la mañana siguiente, casi sin poder dormir, decidí salir de aquel espacio. Durante mi caminata solo pensaba en los hechos sucedidos. Recordaba cómo alias Cristian, o el Negro, repetía que estaba nuevo y que había que estrenar, mientras

alias Meco, el Abuelo, decía que él debía ser el primero.

Todo eso empezó a darme vueltas en la cabeza. Sumándose a esos recuerdos y a mi pasado aún tan reciente, tomé la decisión de tirarme al metro. Me sequé las lágrimas y me dirigí hasta allí, decidido a terminar por fin con aquel sufrimiento de una vez por todas.

Llegué, me senté un instante a esperar mi definitivo descanso. Y mientras estaba ahí apareció una amiga psicóloga, que me vio y de inmediato se acercó a saludarme. Me preguntó cómo estaba. Yo, con los ojos llenos de lágrimas, respondí que mal.

Al escuchar mi respuesta me dijo que si quería hablar. Y gracias a la conversación que tuve con ella, hoy me encuentro aquí, contando entre líneas la historia de mis violencias. Fue por ese momento que me salvé del suicidio.

La pregunta del «por qué» no ha podido obtener respuesta. Sin embargo, he aprendido que también existen los «para qué». Y por más dolorosos que nos parezcan estos dos interrogantes, cada uno me ha dejado un incontable número de experiencias, enseñanzas y reflexiones que poco a poco me han permitido seguir con mi vida.

Al llegar la noche regresé a mi apartamentico con la cabeza hecha un caos, pero también con la firme decisión de no volver a caer en ese círculo de violencia. Ya decidido a cortar con esa situación, puse nuevamente el letrero de «Se vende».

Otra vez empezaron a ir a ver el apartamentico. Mientras tanto, yo seguía aguantando abusos por parte de aquellos desadaptados. Los abusos sexuales cesaron, pero lo repetitivo era el abuso económico.

Hasta que, por fin, apareció un posible comprador: un señor que buscaba algo con esas características. Venía de un pueblo y necesitaba un lugar para su hijo que entraría a la universidad. Mi desespero era tal que iba a vendérselo muy barato. No me importaba perder dinero: lo que realmente importaba era salir de allí y liberarme por fin del yugo de esas personas.

Ya casi habíamos cerrado el negocio. Hablamos de la promesa de compraventa, cuando aparecieron el Meco y el Negro, interrumpiendo la conversación que sostenía con el comprador. Alias Meco me tomó del brazo y me llevó hacia un costado del andén, mientras el Negro conversaba con el señor.

El caso fue que, después de mirarme, el comprador se despidió y se marchó. Hasta hoy no sé qué diablos le diría alias Cristian, el Negro, para que nunca más volviera ni me llamara.

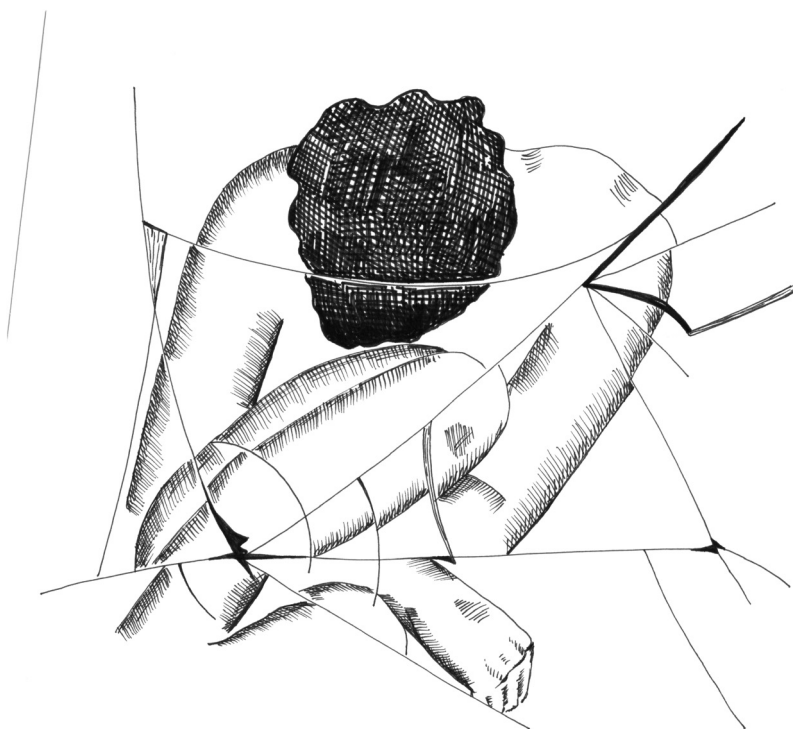
Mientras tanto, yo seguía siendo objeto de intimidación por parte de Meco, quien decía que ya tenían cliente para el apartamentico y que después cuadraríamos las ganancias. Qué descaro tan absoluto.

También me dijo que en horas de la tarde una señora iría a ver la propiedad y

que ellos estarían allí. Me advirtió: «Mucho cuidado con lo que dice o hace, no se vaya a hacer matar. Ya sabemos dónde vive su familia», agregando ubicaciones y datos que no tenían cómo saber, o al menos eso pensaba yo. El caso es que lograron atemorizarme otra vez.

Otra vez estaba allí, manipulado, atemorizado y sometido. El caso es que se fueron, para regresar luego con una señora. Según ellos, eran los comisionistas. Organizaron la visita y quedaron en firmar la compraventa a los dos días, acordando una cita en una notaría del Palo, en el centro de Medellín.

Doña Marta se llamaba la señora, quien regresó más tarde con un hijo y una hermana para mostrarles el inmueble. Yo simplemente les abrí. Ellos vieron y nuevamente se marcharon.



La venta

El día que llegaron con doña Marta me presentaron como el dueño del apartamentico: si le gustaba, el precio era tal, negociable. Mientras hablaba, contaba que era pensionada, que le gustaba la propiedad y que la necesitaba prácticamente para ir a dormir, debido a sus dinámicas de vida ya establecidas.

La señora hizo su propuesta. Dijo que lo pensara y que, cuando tuviera una respuesta, se la contara. En ese momento salió con el Meco y conversaron, me imagino que de la propiedad. Luego entraron nuevamente y fue cuando concertaron la cita: en dos días iríamos a la notaría a firmar la compraventa.

Todos se marcharon, pero poco tiempo después regresaron diciendo con total descaro: «Ya lo vendimos». A lo que yo respondí que en esa plata yo no vendía. En ese momento Cristian, o el Negro como le decían, me dijo: «Papi, el negocio ya se hizo, ya dimos la palabra y ya quedamos en ir a firmar esa vuelta», y siguió con su tono amedrentante y agresivo: «Ya tiene que vender, ¿o es que se va a hacer pelar?».

Yo seguía en mi postura de no vender y repetí una y otra vez que no iría a firmar ni mierda, que ellos no me podían obligar. Entonces las cosas se salieron de control. Cristian, el Negro, sacó un puñal y los otros, sus armas. En ese momento, ya cansado de tanta angustia, los reté a que me mataran, pues todo me daba igual.

El Negro me tomó por el brazo y empezó a amenazarme con cortármelo si seguía negándome a firmar, mientras los otros, incluido el Meco, esperaban con sus armas listas, profiriendo insultos. Yo le decía que lo hiciera, que ya estaba cansado, que no me importaba nada. En medio de tanto caos y amenazas, ese criminal hundió su puñal en mi brazo, causándome un corte, y remató diciendo que irían a acabar con mi familia.

Reaccioné diciéndoles que no, que estaba bien, que iría a donde ellos quisieran, pero que por favor no les hicieran nada a ellas, pensando en mi hermana y sus hijas. Una vez lograron su objetivo me pasaron un trapo de cocina con el que me cubrí la herida, mientras la sangre no dejaba de brotar. Se marcharon, no sin antes dejar claro que habría personas vigilando la casa de mi hermana y que, si veían un solo visaje, ya sabía lo que iba a pasar. Con lágrimas en los ojos respondí que no iba a pasar nada.

Al comprender que todo estaba perdido, que era imposible luchar contra ellos, solo restaba entregarles la propiedad para que no mataran a mis familiares. Otra vez tenía que sacrificar lo mío por la vida de ellas. Esa vez me quedó claro que nada me pertenecía, que nada era mío. La culpa empezó a hacer mella en mí. Desde entonces comenzó mi etapa de oscuridad, de pesares y penas que me convirtieron en un ser retraído, introvertido y profundamente triste, menos válido que la peor de las basuras.

Después de que se fueron llamé a un amigo para que me llevara en su moto hasta el dispensario del batallón de Buenos Aires, que quedaba cerca. Cuando empezaron las preguntas de qué había pasado, les eché la culpa a unos escombros que estaban afuera de mi espacio. Eso mismo le dije al médico que me practicó la curación y me cerró la herida.

Solo restaba esperar el día de la firma. Llegó. Aquellos dos monstruos me recogieron en unas motos y, ya en la Notaría Segunda de Medellín, la venta se hizo. Firmé con mi brazo herido y aún con los puntos sin retirar. El negocio de la venta de mi apartamento se dio de manera aparentemente normal, y creo que así fue, por mí y por la compradora, en este caso doña Marta.

Tiempo después me la encontré y me hizo un absurdo reclamo por un contador, creo que el del agua, que se estaba cobrando en la factura de EPM.

Ese día no regresé al lugar hasta el día siguiente. Una vez allí, limpié la sangre y seguí empacando para desocupar a la brevedad y entregarle las llaves a la nueva dueña. Nuevamente recurrí a mi amiga en Buenos Aires y, con menos cosas, me fui a vivir con ella por unos días. A partir de ese momento y hasta hoy no he querido volver a conseguir un espacio propio.

Fueron muchísimas las pérdidas, ligadas a dudas y cuestionamientos sin respuesta. La historia de una vida absurda, una forma de aniquilar y masacrar la humanidad, lo mismo que el amor propio. Cada uno de esos sucesos violentos me hacía sentir sin valor alguno, sin derecho a nada ni a nadie, sumido en el más absoluto dolor, desengañado de los demás, en quienes nunca más debería confiar. Me sentía cada vez más culpable, más pecador por ser como era y sentía. Convencido de que, con cada cosa mala que me pasaba, solo estaba purgando mis culpas, una a una, por mi supuesta desviación, por ser esa porquería de ser que no era normal, que había nacido por equivocación, que me mostraba a mí mismo como un ser oscuro y sombrío en el que me habían convertido o al que me habían obligado a reconocer en mí.

Una vez entregado el inmueble, nunca más he vuelto a ir solo a La Milagrosa. Del espacio a donde me fui a vivir después no tengo mucho por decir, pues allí no duré mucho tiempo. Desde ese momento no he podido establecerme en ningún lugar ni volver a echar raíces. Me convertí en una veleta al viento, y aunque no me mataron físicamente, desde aquel momento me siento muerto en vida, muy a pesar de mi lucha por la redignificación, por el valor, por la reconstrucción y por las ganas de buscarle un nuevo y verdadero sentido a mi existir.

Fatalismo

Aparecieron al instante las ideas fatalistas de venganza, pero también de autodestrucción, que con los días me fueron llevando hacia la introversión, la derrota y el sentimiento constante de no servir, sumados a las ansias de violencia y de agresión.

Al poco tiempo llegó la primera hospitalización psiquiátrica. A mi vida llegaron otro tipo de medicaciones, que se sumaron a la terapia antirretroviral que tomaba para mi patología base. Esa fue la única vez que, por decisión propia, suspendí la terapia (HAART), buscando con ello morirme al dejar de tomar los medicamentos. Me corté las venas, me tomé unas pastillas, pero nada de eso logró acabar con mi vida, una vida que ya no sentía como mía y a la cual no le encontraba sentido alguno.

Fue una lucha constante durante mucho tiempo, mientras médicos iban y venían y las hospitalizaciones se repetían. En ese contexto conocí a otros pacientes, también pensionados del Ejército, con mi misma patología base.

Un día cualquiera, cuando ya me integraba un poco más con otras personas, uno de ellos me invitó con antelación a una reunión en una fundación que dirigía por aquel tiempo Gustavo Campillo. Llegó el día y fui: allí se reunían toda clase de personas con un diagnóstico en común.

Con el tiempo conocí otras fundaciones y personas: Mariano Roldán y su Grupo de Vida, y más adelante la fundación RASA, que tenía un grupo de apoyo a pacientes a cargo de José Ospina (Chepe) y de una psicóloga de nombre Natalia, quien hizo muchas cosas buenas por mí pero que después me clavó un puñal por la espalda. Hoy comprendo su actuar, pero también la nombro como pseudoprofesional, y con justa razón.

Durante mucho tiempo, todos esos nuevos espacios se convirtieron en una excusa para intentar no pensar. Empecé a vivir por vivir, sin sueños, sin esperar nada del destino. Me fui oscureciendo más y más con el paso de los días. Supongo que eso era lo que los demás veían en mí y, por tal razón, las personas y los espacios a los cuales recurría en búsqueda de sentirme útil, válido y, sobre todo, vivo, empezaron a abusar de mí, y muchos de ellos así lo hicieron.

Me fui volviendo tosco y, por momentos, dejaba ver brotes de agresividad, al extremo de llegar a agredir y hasta amenazar a quienes pretendían seguir vulnerando mis derechos. Hasta que, el día menos pensado y sin decirle a nadie, preferí dar un paso al costado, más que nada por salud mental.

Me convertí casi en un ermitaño: tosco, brusco, agresivo, violento y, paradójicamente, hasta homofóbico. Hoy comprendo que se trataba de un mecanismo de defensa, un comportamiento déspota que no alcanzaba a justificar el dolor de todos aquellos imborrables hechos violentos que habían marcado mi vida.

La época boba

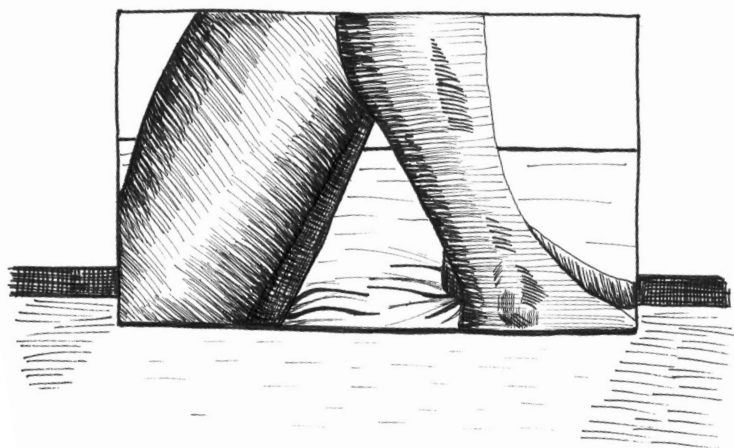
La vida, por aquel tiempo, simplemente pasaba. Era solo pretender vivir anestesiado por el dolor, producto de las vivencias del pasado y de cada una de las vulneraciones posviolencias, cuando quise nuevamente retomar mi vida.

Me movía entre el liderazgo de ciudad, el trabajo social y los grupos de apoyo. Todo esto me mantuvo ocupado, pero no me edificó ni produjo cambios significativos en mi existencia.

Mi vida se volvió la más absoluta rutina. Me mudaba con regularidad de los lugares donde habitaba: nunca más quise quedarme fijo en un espacio por mucho tiempo, por el miedo a echar raíces y volver a ser despojado. La vida en pareja nunca más fue una opción.

Los sueños murieron, y no les di oportunidad a otros nuevos. No volví a permitir un abrazo, un beso o una caricia medianamente afectiva. Huía de los coqueteos. Nunca más volví a creer en los amigos. Me alejé de mis familiares y establecí conmigo mismo un convenio, una fachada de cordialidad que solo ponía en práctica en mis espacios de interacción con los demás, sobre todo cuando se trataba de dinámicas laborales.

Y así fue hasta que aparecieron dos personajes muy especiales, que marcaron mi proceso de volver a creer en el otro.



Personas, lugares, programas y entidades

Natalia. Cuando llegué hasta esta psicóloga en una fundación y a un supuesto grupo de apoyo para personas con mi patología base, pensé que además de una profesional había encontrado también una amiga. Pero, como lo mencioné anteriormente, todo ese trabajo que hizo conmigo con las manos lo tiró a la basura con los pies.

Gustavo C. Un señor en todo el sentido de la palabra, al menos hasta el momento en que se hizo, paradójicamente, el de la vista gorda frente a la vulneración de mis derechos en la fundación de la cual era director. En ese tiempo yo era gestor de proyectos gracias a mi desempeño en el trabajo que allí realizaba.

Gustavo C., infectólogo. Me inspiró a seguir empoderándome en el estudio de mi patología base, cuando empecé a conocer más a fondo sobre ella.

Chepe. Esta persona me ayudó a aceptar un poco más a los demás, muy a pesar de las diferencias que, lejos de separarnos, nos unen. Pues ser diferentes es precisamente lo que nos hace iguales.

Luna y su madre. Fundamentales para creer en las causas ligadas al amor verdadero.

Jhon R. Una persona que me permitió volver a creer en el otro y en los proyectos ligados a la labor social. Lo distinguí la primera vez en un taller en el hotel Nutibara.

Mónica C. Me calló la boca cuando no creía en la entrega, el profesionalismo y la humanidad. Me mostró que aún había razones para creer en los demás.

Juan David. Psicólogo en un programa de la Unidad para las Víctimas. Revolcó mi vida en todos los sentidos, mostrándome mis realidades y mis pérdidas, pero también un posible camino para volverlo a caminar. Me enseñó que los sueños no son más que realidades en potencia, que se materializan con absoluta decisión. Me mostró que más allá de las razones para seguir, lo que se necesita es el impulso que queda después de cada caída. Poco a poco fui incorporando sus enseñanzas en mi reconstrucción personal, que aún hoy continúo construyendo.

Orfaley. Profesora y psicóloga que me invitó a exteriorizar una de mis pasiones: escribir. Me mostró cómo transformar el dolor en letras, adhiriendo a mi necesidad de paz interior las voces de otras mujeres valientes, con las cuales compartí historias absurdas de violencia. Juntos escribimos para sanar.

Estas solo son algunas de las personas que ayudaron a forjar lo que hoy soy. También las instituciones, programas y procesos a los cuales he pertenecido han tenido mucho que ver. Todos, personas y espacios, dejaron algo en mí: enseñanzas, positivas o no, pero siempre aprendizajes.

La declaración

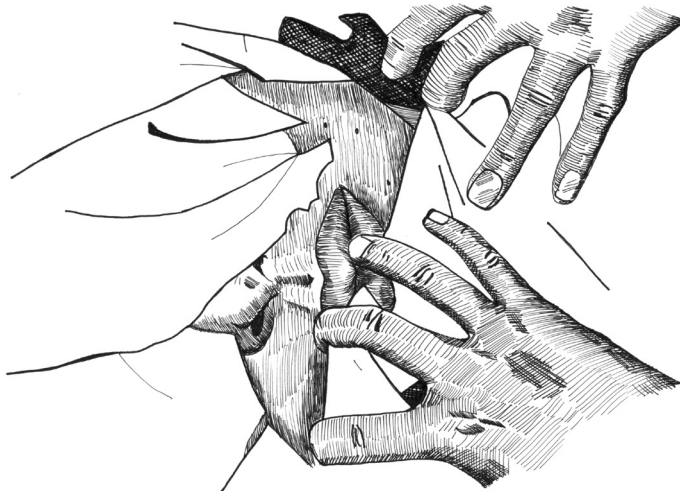
Fue en un taller de Derechos Humanos dictado por la Personería de Medellín, enfocado en restitución de derechos para las víctimas del conflicto armado. En aquella ocasión llevaron a una mujer cuya hija, mujer trans, había sido asesinada en Cali. Ella contó su historia entre lágrimas.

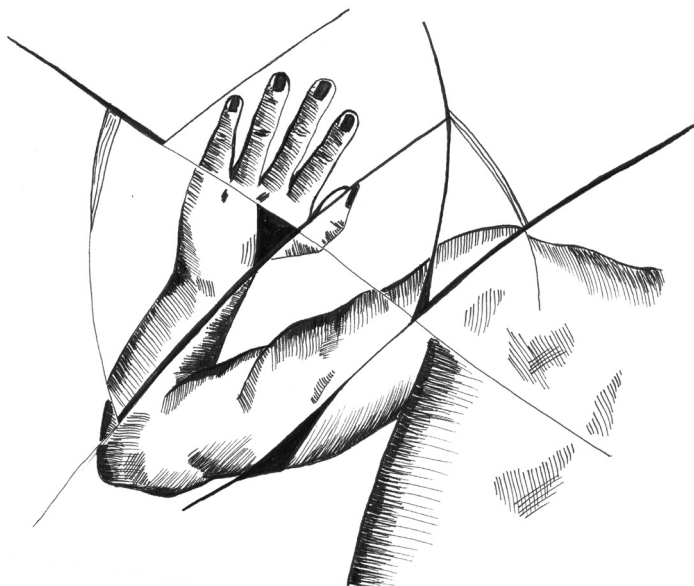
Mientras escuchaba aquel testimonio, sentí cómo se removían recuerdos de mi vida militar, donde más de una vez tuve conductas homofóbicas en contra de travestis y gais. Por aquel tiempo ni siquiera se hablaba en Colombia de personas trans.

Me aislé en un rincón del salón, temblando y llorando. Cuando la mujer terminó, me acerqué, movido por mi secreto, y le pedí disculpas en nombre de la institución militar que tanto había amado. Ella aclaró que quienes habían asesinado a su hija eran policías, no militares.

Salí del salón desconsolado, y en el hall del hotel una tallerista, Zulema, quien había sido mi profesora en la primera escuela LGBTI de Medellín, me calmó y conversó conmigo. Terminé contándole a grandes rasgos la violencia que viví en San Antonio de Prado.

Ella me animó a hacer una declaración formal. Al día siguiente regresé, acompañado por una psicóloga, y allí narré por primera vez lo sucedido. Ese fue el inicio de un nuevo camino, aunque tampoco imaginaba lo que significaba entrar en la ruta institucional.





La revictimización

A partir de ese momento empecé a transitar la revictimizante ruta frente a la Unidad de Atención y Reparación Integral para las Víctimas.

Madrugadas interminables para alcanzar fichos, noches enteras durmiendo afuera para lograr ser atendido. El proceso de ayuda humanitaria fue un fiasco: en mi primer intento gasté más en taxis y comida que lo que recibí.

Con el tiempo logré otros trámites, hasta que finalmente el Estado me reconoció como víctima. Pensé en detener el proceso, pero muchos me animaron a seguir. Me dijeron: «Ya llegaste hasta aquí, no puedes desfallecer».

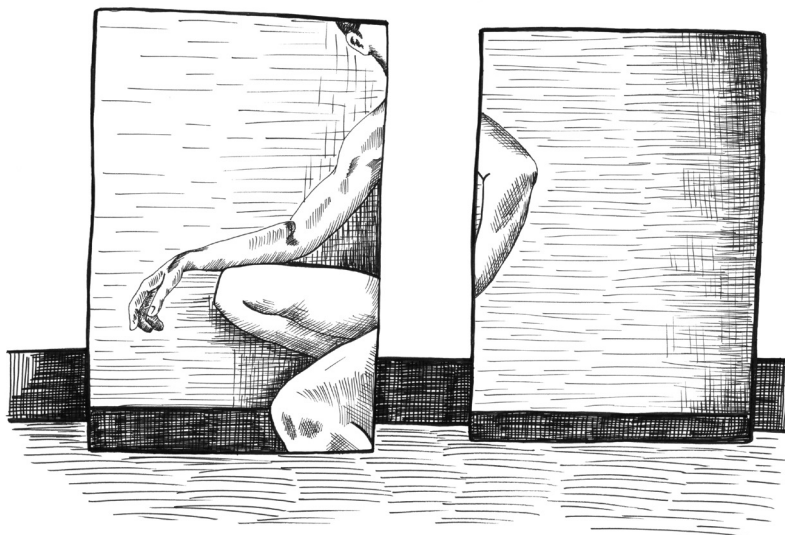
Sin embargo, lo que debería ser reparación muchas veces se convirtió en más desgaste. La ley cambiaba, las prioridades se movían, y nosotros, las víctimas reales, terminábamos siempre en la misma revictimización.

Recuperación emocional

No todo fue negativo. Debo reconocer el programa de Recuperación Emocional de la Unidad de Víctimas.

Al comienzo, me atendió una psicóloga en la sede de Buenos Aires, Medellín. Su consulta fue fría y rápida, sin empatía. Yo era un número más. Me derivó a terapias ocupacionales: sonidos, manualidades, figuras con pitillos e hilos. Nada de eso me aliviaba.

Por azar terminé siendo remitido a un psicólogo distinto. Ese encuentro cambió mi vida.



Un ángel llamado Juan David

Juan David González, psicólogo de la Unidad, apareció en mi vida para marcar un antes y un después. Al inicio dudaba, pero su entrega y profesionalismo me generaron confianza. Poco a poco me ayudó a sanar.

Cuando el programa terminó, siguió viéndome en su tiempo libre, sin interés distinto al de ayudar. Con él recuperé amor propio, fe, confianza en mí y en los demás. Me enseñó a aceptar mis cicatrices y a reconocer que merezco nuevas oportunidades.

Gracias a él comencé a reescribir mi historia. Aprendí a deponer mis armas internas, a reencontrarme con una tímida sonrisa, a darle sentido a mis lágrimas. Juan David me devolvió el valor para enfrentar la vida y el verdadero significado de la resiliencia.

Hoy soy un ser un poco menos prevenido, capaz de volver a reencontrarme con mi yo y con mi otro yo, procurando sentir nuevamente, queriéndome a mí mismo e intentando regalarle un poquito de ese amor también al otro.

Juan y yo nos fuimos convirtiendo en el mejor equipo, y creo yo, en medio de mi ignorancia, que gracias a eso logré resurgir de mis propias cenizas. Reintenté volver a vivir, pero también a reinventarme cada día, para resignificar y redignificar en mí todo aquello que no lograron arrebatar, y por lo cual creo que me merezco otra, y mil oportunidades más, de recomenzar.

La parte íntima y sentimental hoy por hoy es mínima. Ese miedo al que la vida me enfrenta a diario me acompaña todavía, y aunque constantemente le hago el quite, sigo sintiéndome castrado después de todo el horror vivido.

A mi ángel guardián le debo haber tenido una nueva oportunidad en la vida: haber vuelto a creer en mí, pero también en los demás; haber encontrado mecanismos y herramientas para enfrentar la existencia.

Gracias, Juan David Gonzales, por devolverme el alma, por enseñarme a dar mis primeros pasos tomándome de la mano para que no cayera nuevamente en mis miedos. Gracias por enseñarme a levantarme con más fuerza después de cada caída, por devolverme el valor y el tesón para enfrentar mis temores, por mostrarme cuál es el verdadero significado de la resiliencia.

Gracias por ser el gran profesional que eres, por tu don de gente, por ser excelente persona y un inigualable ser humano. Gracias por mostrarme una nueva oportunidad para intentar ser feliz.



Una vida después del caos

65

Mi vida, después de todo ese caos y de todo el proceso de terapia y recuperación emocional, ha estado llena de miles de instantes de depresión y de caída, pero también de fuerza y tesón a la hora de enfrentar el destino.

Sé que siempre estaré expectante y dispuesto a recibir lo que venga, porque cada día estoy preparado para abrazar una nueva oportunidad de ser feliz, para alcanzar, aunque sea un pequeñito grado de paz interior y de tranquilidad.

He hecho muchas cosas en este tiempo, en el que a diario intento reconstruirme. He cometido errores, me he equivocado millones de veces, pero también he alcanzado logros significativos en cada una de mis reconstrucciones y procesos individuales.

Estudié, me empoderé de mi patología base, he tenido procesos de escritura y hoy pinto, gracias a Juan David Gonzales, mi psicólogo. Pinto buscando estar ocupado el mayor tiempo posible, intentando no pensar demasiado, intentando dejar atrás esa estela de violencia que marcó mi vida.

Hoy solo quiero buscarle un nuevo sentido a mi existir: redignificar el hecho de estar aquí, de seguir enfrentando el destino con absoluta entereza, al punto de reconciliarme con la fe perdida. Esa misma fe que se desmoronó el día en que descubrí que mi mayor victimario ungía en representación de la fe, que se escondía detrás de las creencias de los incautos fieles de una comunidad. No es que lo culpe directamente, pero como dice el dicho: «Tanta culpa tiene el que mata la vaca como el que le sostiene la pata».

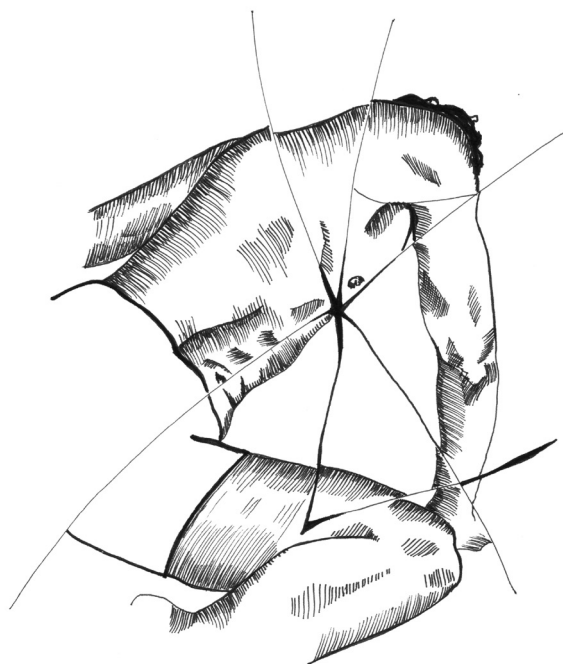
La fe recuperada se ha ido haciendo más evidente, pues he comprendido

que fue el mismo Dios quien puso en mi camino nuevas sendas, llevándome a interesarme en Su Sagrada Palabra. Esa palabra que me revela al Dios real, no al que distorsionan los hombres en las aulas para manipular y obtener sus intereses.

Mi vida no es perfecta, pero podría ser peor. La tranquilidad ha ido retornando lentamente, pero con paso seguro. Con cada día que pasa me siento más sereno, más humano, y me convierto poco a poco en mejor persona.

Aprendí a pintar, y en cada cuadro dejo un pedacito de este nuevo ser en el que me estoy reconstruyendo. Al principio, plasmaba el dolor en cada trazo, pero poco a poco ese dolor se fue transformando en colores, hasta convertir cada pieza en una obra que respira dignidad, que refleja la reconstrucción de un ser que solo pretende vivir en paz.

Otra de las cosas que he transformado, en búsqueda de paz, ha sido el nombre con el cual me identifico frente al Estado. Hoy asumo mi identidad con respeto por mí mismo, pero también por los demás, honrando ese nombre que me dio mi madre. Esta nueva aventura identitaria se ha ido construyendo letra a letra, pues cada una de ellas guarda la esencia de lo que soy, de lo que fui y de lo que estoy aprendiendo a ser.



Jotha

Este es mi nombre identitario, un nombre que se labró con el cincel de la resiliencia y la almadana de la verdad, una verdad a la que no pienso renunciar ni hoy, ni mañana, ni nunca.

J es la raíz de un nombre que llevo desde niño.

O es el orgullo pisoteado que recuperó su valor por medio de la oración.

T es el tributo a la tenacidad y a la resistencia a la hora de proteger a los suyos.

H es la interiorización de un ser que siempre se negó a admitir su forma de ser y de sentir.

A es todo ese amor recuperado, el mismo que por primera vez en mi vida siento como propio.

Jotha es el nombre que me representa, todo eso que hoy adquirí después de mis violencias. Es el reflejo de lo nuevo que hoy me habita, la imagen que se vislumbra en cada acto de vida y en cada gesto de perdón, después de vivir aquella estela de violencia que ahora intento mantener en el necesario olvido.

Es un nuevo ser que se fue llenando de esperanza de manera natural, alguien que ya no se hace falsas expectativas, que aprendió a ver la vida con ojos de realidad. Un tanto desconfiado y prevenido, sí, pero también más tranquilo. Alguien que ha recuperado un poco de paz interior, esa misma que un día le arrebataron los violentos.

Mi vida es como una veleta al viento si hablamos de establecerme en un lugar fijo o propio donde pueda echar raíces nuevamente. Hoy vuelvo a pensar en la posibilidad de tener un lugar donde estar tranquilo y donde esperar mis últimos días sin tanta presión.

Esa idea surgió el día en que escuché la noticia de la muerte de dos de mis principales victimarios. A El Negro lo mataron en el barrio Pablo Escobar, en Medellín; y a El Meco lo asesinaron en el parque de La Milagrosa. No sé a cuál de los dos primero, eso es lo que menos importa. Después de haber superado tantos recuerdos de aquellos actos violentos, lo que importó fue la sensación que me dejó la noticia.

Tras enterarme de su muerte, mi carga emocional empezó a disminuir notablemente. Una avalancha de sentimientos encontrados cayó sobre mí: alivio, tranquilidad e incluso alegría, contrastados con la duda de si en verdad era cierto que quienes tanto daño me hicieron ya no podrían volver a amedrentarme, ni a mí ni a nadie más.

Muchas veces me pongo a pensar qué habrá sido de los otros que también participaron en aquellos crímenes de odio que padecí en San Antonio de Prado. ¿Dónde estarán? ¿Al acecho de su próxima víctima? Sé que quien los dirigía se encuentra preso o quizá extraditado, no lo sé con claridad. Muy a pesar de mis dudas y preguntas, sigo intentando seguir adelante, reinventándome en cada instante, al despertar cada mañana y al disponerme a soñar cada noche con un mundo distinto para mí.

Sigo intentando vivir con mi historia a cuestas, reconstruyendo un sueño roto. Intenté ahorrar por más de un año en el FNA, buscando con ese medio volver a conseguir vivienda, pero no se pudo.

Hoy, mi sueño sigue vivo, más vivo que nunca, porque creo que se vale volver a apostar por los sueños, por grandes que parezcan. La vida ha seguido su curso, con nuevas luchas y dificultades diarias, pero también con nuevas formas de esperanza.

Quiero empezar una nueva vida, pero esta vez cimentada sobre bases fuertes y por las razones correctas.

Hoy vuelvo a creer en el proceso de indemnización por el desplazamiento. Mi libro, mis escritos y mis cuadros se han convertido en mi proyecto de vida, en mi nueva oportunidad de reconciliarme con Dios. Todo ello forma parte de la esperanza que me impulsa a seguir mirando hacia el futuro.

Valió la pena

No se trata de justificar la violencia vivida ni mucho menos los actos de sometimiento y barbarie de los cuales fui objeto. Se trata de comprender que, después de todo lo vivido, entendí que esta dura y cruda historia no podía seguir en la oscuridad de lo que callamos los hombres por miedo a ser señalados por quienes, injustamente, nos culpan de las cosas malas que nos pasaron.

Comprendí que detrás de cada uno de los actos vividos quedó una enseñanza. Y por más paradójico que parezca, la violencia, la barbarie y el dolor también dejaron en mí aprendizajes.

El dolor y el fuego son semejantes, pues en mi caso cada acto violento que padecí durante tanto tiempo terminó por transformarme, hasta llevarme a ser una mejor persona. Eso es lo que hace el fuego con los metales nobles: al ser expuestos, no se destruyen, por el contrario, se limpian de impurezas y aumentan su valor, convirtiéndose en nuevas joyas.

Hoy doy gracias a todo aquello vivido, porque me permitió interiorizar lo que me fue arrebatado y me retó a recuperar lo perdido en la búsqueda del nuevo ser que hoy soy. Doy gracias por reencontrarme con ese niño del pasado al que intentaron robarle la inocencia, inocencia que hoy vuelvo a abrazar muy a pesar de todo. Agradezco también al adolescente que renace cada mañana en mí, haciéndose responsable de sus actos y que aprendió a sobrevivir con los escasos recursos que tenía entonces.

Sé que la vida nunca es fácil. Está llena de luchas, batallas, triunfos, derrotas y rechazos, pero en mí forjó un carácter fuerte y una madurez capaz de resistir lo que el destino trajo consigo.

Las humillaciones y discriminaciones acariciaron la derrota en su momento, pero también me empujaron a construir conocimientos y aprendizajes que hoy sostienen mi reconstrucción personal y social.

Mi enfermedad me enseñó a darle valor a la vida de forma real y a devolverle, con humanidad, el respeto que merece. El cáncer me mostró la vulnerabilidad, me devolvió a la realidad y me obligó a reconocer mi lugar en el mundo. A mis familiares y amigos les agradezco el haberme confrontado con mis limitaciones, incluso a través de la deshonestidad de algunos actos, que me enseñaron que nada en este mundo es eterno.

Conocí de manera directa el verdadero perdón y comprendí que perdonar es aceptar tanto lo bueno como lo malo, sin culparse por errores o aciertos que hacen parte de la vida diaria.



Sacrificio innecesario

Un hombre, una persona y un ser humano al cual juzgaron, sometieron y abusaron de todas las maneras posibles, pero que también aprendió de ese horror y de la demencia de quienes se sintieron con el derecho de quebrantar la humanidad de un ser bueno.

Soy ese metal que fue sometido al fuego, fuego que, aunque doloroso, transformó mi alma y mi ser hasta enseñarme a reconocer en mí el verdadero valor de todo lo que me pertenece, lo bueno y lo no tan bueno, así como también lo que el otro carga y asume como propio.

La interminable lista de abusos y vulneraciones a las que tuve que enfrentarme en el pasado, y a las que aún me enfrento, forjaron en mí un nuevo carácter, una nueva persona y un mejor ser humano. Fui objeto de la locura, de la demencia, del abuso y también del acceso carnal por parte de personas equivocadas, personas que el destino puso en mi camino en el momento que se le antojó. Primero en mi familia, después en el ejército y, por último, en mi vida civil, cuando lo único que quería era ejercer mi derecho a vivir en paz.

Fui un hermano que hizo más de lo que debía, que se sacrificó para que a los suyos no les ocurriera nada. Asumí como más las vulneraciones de las que fui objeto, exponiendo hasta mi propia humanidad y permitiendo la dominación y el abuso con tal de evitar el inminente daño que les harían a ellos. Fue un sacrificio innecesario, y como agradecimiento solo me quedó cargar con el abandono, la soledad y el olvido de aquellos por quienes expuse mi vida.

La vida se transformó de manera radical. Hoy se mueve entre nuevas luchas existenciales y espirituales que me impulsan a ser una mejor persona y un ser humano cada vez más restaurado, que re dignifica todo lo que atraviesa su ser. Sin embargo, muchas batallas siguen ahí, en esa dualidad que oscila en un mar de ganas, dudas y fracasos, donde permanecen los recuerdos de cada combate librado, recordándome tanto las derrotas como las victorias que me han traído hasta aquí, en esta guerra constante que parece no tener fin.

El proceso que llevo con el Estado y con la Unidad de Atención y Reparación Integral a las Víctimas se convirtió en una incógnita, marcada por el silencio y la indolencia de un Estado que perpetúa esta guerra absurda en el tiempo. En mi caso particular, he vivido los rigores de la guerra desde la mayoría de sus frentes; desde uno de ellos defendí mi patria con mi propia vida. Y, sin embargo, siento que el Estado que defendí me dejó completamente solo, obligado a enfrentar cada una de las violencias que padecí y que son fruto del absurdo de este conflicto interno que aún hoy nos atraviesa. No quiero imaginar siquiera lo que pueden sentir aquellos que, sin tener ninguna injerencia, han sido víctimas de estas violencias heredadas por los corruptos que gobiernan este mancillado país.

Despedida

Quiero decirle, de una vez por todas, adiós al dolor y empezar a reescribir una nueva y mejor historia, una en la que no tenga cabida ningún recuerdo que me devuelva a un escenario de violencia. Quiero que se vaya la tristeza y que no vuelva nunca.

Y si un día, por alguna extraña razón, decidiera regresar, posiblemente la invitaría a un café y le contaría cómo ha sido mi vida sin ella. Le hablaría de mis nuevas luchas, de esas noches en las que las lágrimas, los sueños y los recuerdos de la barbarie me despertaron una y otra vez, en cualquier instante de mis atormentadas madrugadas, cuando solo anhelaba otra vida, una vida que, por momentos, sentía que se me había ido contigo.

Te diré, violencia, que, aunque aún te pienso de vez en cuando, por fortuna nunca te extrañé, ni un solo instante, ni jamás volveré a buscarte para, con mis propias manos, intentar tomar venganza.

Te contaré, con el menor de los dolores, de todas las veces que te escribí reproches en líneas de infinito sufrimiento y de sangre, con tinta oscura y sombría de una pluma cuya punta era un puñal. Con cada palabra escrita solo pretendía asesinarte para dejar de sentir tanto dolor. Fueron escritos sin destinatario, que nunca envié, porque me detenía el miedo.

Me mostraré ante ti altivo, más fuerte, y te restregaré en la cara mis logros, aunque esconda con celo mis fracasos. Sé que no estarás feliz de ver en quién me he convertido; te dolerán mis nuevos sueños e ideales, y en tu rostro se reflejará una mueca de desagrado, mientras en el mío brillará una sonrisa de triunfo.

Te despediré sin miedo y para siempre. Y si un día pretendieras regresar, no te dejaré entrar de nuevo a mi vida, porque en mi corazón ya no hay espacio para el odio, mi cuerpo no admite una sola marca más y mi espíritu solo se mueve en la paz y en la tranquilidad.

Quiero que te vayas. Y si, por alguna extraña razón, intentaras invadir mi espacio, te pondré una condición: que no alteres nada, que dejes intactos los lugares que encuentres, porque bastante me costó reconstruir las ruinas que dejaste a tu paso.

Y si después de todo insistieras en volver, quiero decirte que ya sé cómo enfrentarte. No permitiré ni una vulneración más de tu parte. Ya no tienes potestad sobre mi sonrisa alegre, aunque hayas creído que te llevaste lo mejor de mí. Pero, paradójicamente, debo agradecerte: de todo ese dolor y barbarie nació un nuevo ser, uno que resurgió fortalecido.

Por eso quiero que tomes la mejor decisión para ti: aléjate de mi camino, de una vez y para siempre. Asegúrate de no volver, porque no quiero saber nunca más de ti. Y aunque pueda sonar contradictorio, hoy me atrevo a decir que, para mí... valió la pena.

Jotha: más que un relato y menos que una denuncia

Se trató de contar, entre líneas, cómo poco a poco y desde la nada fue surgiendo el gran dolor que trae consigo la absurda guerra.

También de mostrar cómo el dolor físico, ese que alguna vez alcanzamos a sentir quienes, como yo, tuvimos que vivir los rigores de la violencia, trascendió mucho más allá del plano corporal. Ese dolor logró fracturar lo que parecía un carácter sólido y convirtió a una persona aparentemente fuerte en un ser lleno de vacíos, alguien que aprendió a vivir entre el sufrimiento y que, con el tiempo, terminó aceptándolo, reprimiendo el enojo y la frustración que desembocaron en una enfermedad emocional con la que sigo conviviendo hasta el día de hoy.

La inmensa ansiedad y el vacío que aún habitan en mí son fruto de esa violencia vivida. Los rezagos de aquel horror se evidencian en mis intentos fallidos de suicidio, que quedaron como cicatrices de un pasado imposible de borrar.

He pasado por todos los procesos revictimizantes a los que nos somete un Estado indolente, esos que padecemos quienes somos verdaderas víctimas de este conflicto absurdo, un conflicto que parece no tener fin. Una guerra que marchitó la vida, la esperanza y los sueños, que atravesó cuerpos, mentes y almas, imponiéndonos la barbarie de unos locos que se escondieron tras la ilegalidad de las armas y las drogas psicoactivas. Una mezcla tan absurda como absurda es también la guerra, que no solo marca físicamente sino también mental y psicológicamente.

Las desigualdades sociales se entrecruzan con las vulneraciones que sufrimos la mayoría de las víctimas de este conflicto. Esto se refleja en la deshumanización de la atención en las antiguas UAO, hoy UARIV, donde muchas veces se siente que quienes deberían atendernos son los que «tienen la sartén por el mango». No afirmo que todos actúen así, pero las actitudes negativas de algunos terminan por reforzar esa sensación de abandono y de nuevo dolor. Ahí es donde la revictimización se hace paisaje, sometiéndonos otra vez a un camino de tortura psicológica que nos obliga, día tras día, a resistir.

Para mí ha sido fundamental, más que buscar explicaciones, tratar de comprender el porqué de tanto sufrimiento. Esa comprensión ha sido la manera de aliviar el enorme y pesado costal existencial que cargo. Reconocer cómo las violencias transformaron mis estructuras emocionales, hasta modificar incluso mi alma, me ha permitido empezar a sanar.

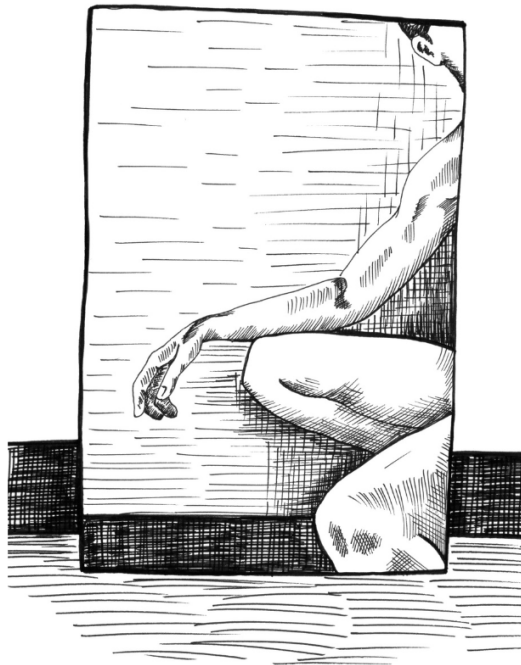
Esa alma, acostumbrada por largo tiempo al sufrimiento y la tortura, llegó a albergar odio, rencor y hasta dudas sobre la existencia de Dios. Una blasfemia por la cual aún hoy pido perdón. Pero en ese mismo camino aprendí a aceptar mi historia de dolor y descubrí el verdadero sendero hacia el perdón, un perdón que

me llevó a reencontrarme con la fe perdida, a reconciliarme con ella y a conocer al Dios verdadero. No al personaje utópico al que me obligaron a creer en las aulas, sino a ese Dios real que aún me sostiene y que, con su venia, me ha permitido reconstruir mi vida.

Fue gracias a esa fe restaurada que empecé a ver destellos de luz en medio de mi sombría humanidad. Poco a poco fui recuperando mi propia luz, devolviéndole dignidad a mi ser desgastado y saliendo de ese mundo de sombras en el que permanecí tanto tiempo atrapado.

Es más que un deber mencionar a la doctora Mónica María Castro, al psicólogo Juan David Gonzales, a Mirelia, a Dalila y a muchos otros profesionales que tuvieron que ver con la restauración de mi ser, y con la redignificación de una humanidad que por años se perdió en el odio, el rencor y los intentos fallidos de venganza.

Gracias a todos ellos por impulsarme a creer nuevamente en mí y también en el otro. Gracias por enseñarme a recuperar el valor, para intentar volver a empezar de cero todas las veces que sea necesario. Gracias a esa fuerza adquirida es que hoy soy capaz de escribir y de contar mi dolorosa historia de violencia.



Punto final

Hoy me hago coherente con mi rol en esta absurda guerra.

Esta guerra me infligió heridas de violencia y horrores vividos, pero también me mostró que siempre tuve la decisión de ponerle fin a esa tarea pendiente: recuperar en esencia mi yo.

La gran mayoría de las cosas que se dicen y se han dicho de mí... ¡son ciertas!

No busco justificarme ni me interesa oponer argumentos defensivos. Mi vida no la tengo por merecimiento. No justifico lo que soy, ni en lo que me convirtió durante tanto tiempo lo vivido. No quiero seguir en el cataclismo de mis realidades, pero asumo la casi nula responsabilidad que tuve en muchos de los hechos.

Mi realidad son las consecuencias de un pesado lastre de violencia, horror y sometimiento: atrocidades y herejías cometidas contra un ser humano, criatura de Dios. Nada de eso logra cubrir el alcance de los actos denigrantes de mis victimarios, ni de las omisiones del Estado, ni de mis propias decisiones. Todo está marcado en mis cicatrices.

El honor, la lealtad y la verdad requieren mucho más que simples actos simbólicos de «reconocimiento» a las víctimas o reparaciones materiales y psicológicas. Porque, al final, ¿quién ha reparado lo realmente roto de nuestra humanidad?

Hoy entiendo que lo que se necesita es una confesión completa, llena de verdad, carente de victimización o súplicas lastimeras. Una verdad que no me coloque en el lugar del pobrecito. Reconozco mis debilidades, esas mismas que en mi proceso de sanación me llevaron a minimizar mis valías, refugiándome en las máscaras autoimpuestas para poder sobrevivir un tiempo más.

Mi hipocresía radicó en aceptar y solapar conductas y malos tratos solo por buscar pertenecer en algún lugar. Esa necesidad me llevó a disfrazar mis realidades y a acomodarme en la conveniencia de mis miedos.

Las máscaras me obligaron a vivir en medio de dolores perpetuados, en un juego de afinidades y detractores: unos justificando la guerra, otros negándola.

No acuso, no pretendo despertar pesar. No me asumo como parte de una vida sometida, aunque fui sometido. No lanzo juicios políticos, aunque la negligencia y la corrupción del Estado me obligaron a levantar la voz, una voz que, lo sé, difícilmente será escuchada.

Tampoco quiero pararme frente a nadie con un discurso homicida o apocalíptico, como el de algunos mal llamados «víctimas» que perpetúan una postura lastimera. Yo reconozco mi pena, mi vergüenza y mi arrepentimiento, pero no por no haber denunciado ante un Estado utópico, sino porque esa denuncia nunca hubiera

devuelto la paz y la justicia ya vulneradas.

Fui parte del ejército. En mi juventud, puse en riesgo mi vida y mi integridad, convencido de servir a un Estado en el que creía. Allí recibí mis primeras máscaras: me manipularon, me usaron como carne de cañón en una guerra que no pedí librar, ni defender. Abandoné mi esencia para perseguir ideales que nunca fueron míos.

Hoy, con los años encima, miro atrás y me reconozco como víctima. Víctima de un terror que avala cada día un Estado cada vez más corrupto. Veo cómo se manosea la democracia, cómo las nuevas formas de violencia siguen vulnerando los derechos humanos, cómo la guerra sigue siendo un negocio para ambos bandos.

Mis palabras no son un juicio, sino la percepción de un sobreviviente. La urgencia no está en discursos huecos sino en un cambio real, consciente y humano, que evite la revictimización de tantos sobrevivientes del insomnio y el dolor que deja la guerra.

Mi verdadero crimen fue, y sigue siendo, tener fe.

Fe en Colombia, fe en el ser humano, fe incluso en medio de los fracasos y decepciones, incluso cuando yo mismo me fallo.

Antes del fin de mis días, quiero redimir mi vida, mi honor y mi fe. Recuperar la confianza en Dios, en Cristo, en mis hermanos. Incluso esa fe que perdí cuando algunos de sus representantes en la tierra avalaron actos absurdos, mientras el país al que serví me negaba garantías verdaderas.

Hoy me confieso: soy Jotha, sobreviviente, creyente de que aún es posible reconciliarse con la verdad, con la fe y con la esperanza.

Jotha, mayo de 2025

Este es el testimonio crudo y luminoso de un sobreviviente. Jotha narra la historia de una vida atravesada por la violencia, el despojo y el sometimiento, pero también por la fuerza de la resiliencia, la dignidad y la fe recuperada.

A través de estas páginas, el lector se encontrará con una voz que se rehúsa a callar lo indecible: amenazas, torturas, traiciones y silencios impuestos que marcaron su cuerpo y su espíritu.

Pero más allá del dolor, este relato se convierte en un canto a la vida, en un proceso de sanación donde las heridas, lejos de destruir, se transforman en el cincel que moldea un nuevo ser.

Este libro no es solo una denuncia, tampoco únicamente una confesión: es un acto de resistencia, una declaración de perdón y, sobre todo, una afirmación de que la vida, con todo y sus sombras, siempre merece ser vivida.